

BIANCA®

Justicia ciega

Sharon Kendrick

Justicia ciega

Geraint Howell estaba seguro de que Lola Hennessy había utilizado sus encantos para obtener una de las caras casas de la urbanización más exclusiva del Reino Unido. Se la habia dejado Peter Featherstone, un hombre al que ella apenas conocia. Geraint tenia buenas razones para querer saber mas sobre Lola, y decidio que seducirla seria como una especia de justicia poetica. ¡Pero la justicia es ciega, lo mismo que el amor!.

Capítulo 1

¡PELLÍZCAME, aprisa! ¿Quién es ése?

—No tengo ni idea, ¡pero lo voy a averiguar enseguida!

Lola, que había estado escuchando la conversación, vio como las dos chicas se ponían en movimiento a toda prisa hacia el objeto de su deseo.

Y entonces el corazón le dio un salto.

Parpadeó cuando el hombre la miró. Y siguió haciéndolo con unos ojos grises como una tormenta.

Era la clásica situación incómoda. Una de la que había leído a veces en los libros y nunca se hubiera creído que pudiera suceder.

Pues bueno, le estaba pasando en ese momento, ¡y a ella! Unos ojos que se encontraban desde una esquina a otra de una habitación abarrotada y dos cuerpos que, de repente, se veían sometidos a una atracción mutua.

Lola lo reconoció inmediatamente. Pero él no podía reconocerla a ella, de eso estaba segura. ¡La gente nunca lo hacía! Lola era una azafata de vuelo y, cuando se quitaba el uniforme y se ponía ropa de calle, era bastante anónima.

Tragó saliva, incapaz de apartar los ojos de él.

Además de ser el hombre más atractivo de por allí, no estaba haciendo el menor esfuerzo para esconder su indiferencia y lo observaba todo como si prefiriera estar en cualquier otra parte.

«Bueno, pues tú y yo, compañero», pensó ella desafiantemente.

Normalmente le encantaban las fiestas, y solía verse invitada a muchas por su trabajo en la compañía aérea, pero ésa era un poco diferente.

Para empezar, no conocía a nadie.

Todo el mundo parecía estar formando grupos impenetrables que no parecían particularmente acogedores. Y no tenía ganas de acercarse a alguno de ellos y, con su mejor voz de azafata, decirles:

—¡Hola! Yo soy Lola. ¿Quiénes sois vosotros?

El hombre estaba en uno de esos grupos, junto a una rubia escultural que, al parecer, se había logrado meter en un vestido

negro tan ceñido que no debió habérsele ocurrido que luego tendría que arrancárselo y que lo estaba mirando como si todos sus regalos de Navidad le hubieran llegado a la vez. Parecía que ese hombre tenía ese efecto hipnótico sobre todas las chicas de por allí.

Y ella podía ver exactamente por qué.

No tenía precisamente lo que se podía decir una buena apariencia. Parecía como si tuviera la nariz rota, probablemente en un partido de rugby, pensó ella cuando se dio cuenta de la anchura de sus hombros. Pero esa imperfección sólo parecía añadirse a los demás devastadores atractivos de su rostro.

Su boca era sublime... los labios más sensuales que ella hubiera visto en su vida; pero había un rasgo inequívocamente duro y cruel en ella y que debía esconder un poderoso conocimiento sexual que Lola se odió a sí misma por encontrar atractivo.

Tenía los hombros anchos y sus piernas, podía notar más que ver, eran largas y musculosas, tanto como el resto de su espectacular cuerpo.

Ese no era un niño rico y bonito, pensó; estaba en presencia de alguien remarcable, ése era un hombre de verdad, duro, fuerte y sin compromisos. Sin quererlo, sintió los primeros destellos de deseo.

El hombre levantó la mirada mientras la rubia le decía algo al oído y, para rabia de Lola, la pilló de nuevo mirándolo.

Él levantó una ceja con un gesto que ella encontró a la vez insultante y cautivador, así que bajó la mirada a su vaso de tónica.

¡Arrogante el tipo! Se dijo a sí misma que no lo iba a volver a mirar. Era la clase de hombre que podría malinterpretar una sola mirada y la podría clasificar inmediatamente en su categoría favorita de chica, ¡las fáciles de seducir!

El murmullo de las conversaciones se fue haciendo cada vez más alto, lo que la empezó a molestar, porque la música le interesaba. Se acercó a donde estaba sonando el grupo que amenizaba la fiesta y que ahora estaban afinando sus instrumentos y se preguntó cuándo podría escaparse de allí educadamente.

Llevaba despierta desde las cinco de la madrugada y acababa de llegar de Viena hacía sólo una hora. El sentido común la hizo preguntarse por qué habría ido a ese fiesta.

Era sencillo. Había ido porque la habían invitado la Asociación de Vecinos de St. Fiancre.

St. Fiancre era el lugar más agradable y sorprendente para vivir y, ella misma era una de las vecinas ahora, gracias a la totalmente inesperada generosidad de uno de sus pasajeros, que se había encariñado con ella y le había dejado una casa en una de las urbanizaciones más exclusivas de Inglaterra.

Había ido esa noche a la fiesta, porque después de seis meses de estar viviendo allí, todavía no se sentía parte de la lujosa urbanización y, porque a veces pensaba que nunca se sentiría.

Pero de una cosa estaba segura, nunca encajaría si no iba a la multitud de actos sociales que llenaban el calendario de la urbanización.

Era por eso por lo que estaba allí, deseando poder marcharse y meterse tranquilamente en la cama. ¡Sola!

Un deseo bastante aburrido para una chica de veinticinco años, pensó mientras le daba otra trago a su tónica, que le supo a nada.

—Esto parece que necesita un poco más de vida —dijo una voz desde detrás suya.

Sin mirar, supo que era ese hombre de ojos grises.

Se obligó a volverse lentamente y se encontró con una predecible mirada casi risueña, entonces le dedicó una que venía a decir que no la impresionaba.

Pero en ese caso era difícil, porque el hombre emitía una sensualidad que hizo que a Lola se le cortara la respiración.

En su trabajo como azafata de vuelo, conocía hombres atractivos todos los días, aunque no tanto como ése. Pero sí eran hombres que tenía a las chicas comiéndoles en la mano. Hombres a los que ella evitaba como si fueran una plaga. ¡Los hombres así representaban siempre corazones rotos!

—¿Qué? ¿La guitarra?

En ese momento el guitarrista rompió una cuerda y el hombre la miró secamente.

—No, no era eso lo que tenía en mente —respondió él con una voz profunda e igual de atractiva que su físico.

Algo en la sensualidad de su boca afectó a Lola de una manera bastante fundamental y una respuesta de lo más primitivo a ese hombre le rompió sus instintos de protección.

En su trabajo observaba la naturaleza humana muy de cerca y sabía que los hombres con instintos depredadores se sentían

intimidados por las chicas que les respondían igual de audazmente.

Hizo un esfuerzo para mantener calmada la voz y le dijo:

—¿Y qué es lo que tenía en mente?

Y eso fue, por supuesto, lo peor que podía haber dicho.

—¿No deberíamos presentarnos por lo menos, antes de que empiece a hacerle proposiciones deshonestas? —bromeó él, sonriendo.

¡Así que no la había reconocido! No recordaba haberla visto ponerle su bebida delante con la más brillante de sus sonrisas en el avión.

Por alguna razón, Lola se sintió un poco deprimida por eso. ¡No había nada más insultante que el pasar desapercibida!

Ignorando sus palabras, le ofreció la mano y dijo:

—Lola Hennesy.

—Lola —dijo él lentamente y tomó su mano firmemente—. ¿Es ése tu nombre verdadero?

Lola agitó la cabeza. Aquello era un adelanto. La mayoría de la gente creía que se llamaba así por alguna canción o algo así.

—Me llamo Dolores.

El hombre asintió.

—Sí. Lola es la forma cariñosa, ¿no? Lo mismo que Lolita. ¿No te han llamado nunca Lolita? Ella lo miró fijamente.

—Lolita era una nínfula de ficción —respondió ella ácidamente —. ¿Estás tratando de sugerir algo?

—No. Y, además, tú ya eres un poco mayor para llamarte nínfula, ¿no?

Fue de lo más sorprendente que se ruborizara y, ese rubor sólo se añadió a la sensación de intensa vulnerabilidad que sentía desde que habían empezado a hablar. Por suerte, su piel era más bien morena, lo que disimuló el rubor.

—Sí —respondió secamente y trató de dejarlo helado con una mirada que habría echado de inmediato a cualquier otro hombre—. Soy mucho mayor.

Pero él pareció inmune a su sarcasmo.

—Y realmente pareces una Dolores, con ese cabello oscuro y rizado, esa piel tan cremosa como el mejor capuchino... Pero tus ojos debieran ser oscuros y no así de azules. Tan azules como el cielo del Mediterráneo.

Lola conocía a muchos hombres por su trabajo, pero nunca antes había conocido a alguien con tanta confianza en sí mismo como ése.

—Soy una mezcla curiosa —dijo sin querer—. Mamá dice que no sabe de dónde he salido.

Luego miró abajo y se dio cuenta de que él seguía sosteniéndole la mano.

La mirada de él siguió la suya.

—¿Y qué más me vas a contar de ti misma, Lola Hennesy? Además de que el contacto con mi mano te hace temblar de excitación...

Ella apartó la mano furiosamente

—¿No será más bien de repulsión? El se rió.

—No lo creo. A no ser que tus ojos estén mintiendo, por supuesto.

Ella hizo como si se lo pensara.

—¿Y crees que eso es posible? ¿Que los ojos sean capaces de mentir?

—No lo creo, lo sé. La decepción es un arte que se puede aprender con la práctica, como cualquier otro.

—Has hablado como un verdadero cínico.

El se encogió de hombros y una mirada de sorpresa le pasó por los ojos.

—Tengo treinta y cuatro años —dijo con un aire de fatalidad—. Por lo tanto, soy un cínico.

Lola se rió nerviosamente mientras pensaba en que él era nueve años mayor que ella. —Y ¿por qué tiene que ser así?

—Porque he visto bastante de la vida y, con respecto a las mujeres, me quedan pocas sorpresas por descubrir. Pero aún los cínicos están interesados en las jóvenes que mandan mensajes tan mezclados. O, ¿debería decir especialmente los cínicos?

Lola, horrorizada, se encontró pensando en lo que sería oír esa voz nada más despertarse.

—¿Y yo lo hago? ¿te estoy mandando mensajes mezclados?

—Por supuesto.

—¿Cómo? —le preguntó aunque algo en su inte

rior le estaba diciendo que se apartara de él antes de caer por completo ante su encanto.

El bajó la voz, como si reconociera que la pregunta no había

sido muy apropiada.

—Tú reconoces el peligro que tengo, y quieres que no te guste, incluso, tal vez, te gustaría odiarme. Pero no puedes. ¿No es así, Lola?

Y en eso tenía toda la razón, por mucho que le pesara. Lola puso la sonrisa que le dedicaba normalmente a los pasajeros.

—¿Y por qué puedo querer que no me gustes?

De repente el rostro de él fue como una máscara de dureza y frialdad.

—No tengo ni idea —respondió él.

Lola se dio cuenta de que el corazón le latía a toda velocidad. ¿Qué haría él si le dijera que la razón por la que estaba reaccionando de una forma tan extraña era porque, con sus veinticinco años, estaba sintiendo un enorme deseo de estar en sus brazos y besarlo con toda su alma?

Lola se estremeció, dándose cuenta de su relativa inexperiencia con los hombres, a pesar de trabajar como azafata.

Oh, se había visto atraída por algunos hombres en el pasado. Incluso había estado muy cerca de tener una relación amorosa. Pero nunca antes había experimentado sentimientos como ése.

Y no podía haber elegido un candidato peor para verse salvajemente atraída por él, ¡un cínico rico y arrogante! Lola no era ninguna idiota y sabía perfectamente que ese hombre estaba completamente fuera de su alcance.

La voz de él se había transformado ahora en una caricia aterciopelada.

—Entonces dime, Lola Hennesy, ¿por qué no te gusto?

¡Ya estaba! Su evidente ego no podía concebir no gustarle a una chica, así que Lola decidió atacarlo un poco.

—¡Por Dios! ¿Cómo podrías no gustarme? Ni siquiera te conozco.

—Bueno, eso es algo que se puede remediar fácilmente —replicó él suavemente—. Yo soy Geraint Howell Williams.

Luego la miró como si esperara su reacción.

Lola pensó que, evidentemente, era alguien. ¿Significaba esa leve pausa que había hecho al decirle su nombre que debía saber quién era?

¡Sí que era arrogante! Aunque hubiera sabido algo de él, podía

hacer como si no fuera así.

—¿Cómo está usted, señor Howell Williams? —dijo entonces con toda la ironía de que fue capaz.

El se puso serio de repente, pero luego sonrió de una manera que la dejó anonadada.

—Oh, llámame Geraint, por favor. —Si insistes...

—Nunca se me ocurriría insistir —bromeó él—. Siempre he pensando que la persuasión es una herramienta mucho más efectiva.

¡Eso sí que se lo podía creer! Una sonrisa más

como ésa y Lola estaba segura de que haría cualquier cosa que quisiera.

—De eso estoy segura.

Sus miradas se encontraron por un momento, como comprendiéndose, lo que dejó a Lola un poco alterada.

Él la miró pensativamente luego.

—Este es todo un edificio —dijo como queriendo llevar la conversación a otros temas menos comprometidos.

—Sí que lo es. Parece más un templo griego que un club de tenis... y excepcionalmente suntuoso. ¡Debe haber costado toda una fortuna!

—Estoy seguro de que sí. Pero esto es, después de todo, St. Fiacre. Donde todo el mundo es rico.

—Parece como si no lo aprobaras —comentó ella con curiosidad.

—¿Sí? Sólo estaba haciendo una observación, no un juicio de valor. Si desaprobara la riqueza y sus excesos ocasionales, entonces no estaría aquí esta noche, ¿no?

—Supongo que no —respondió ella, al tiempo que se preguntaba qué tendría ese hombre que la hacía sentir escalofríos.

—Así que, Lola... Ahora que ya hemos pasado las formalidades, ¿qué quieres hacer a continuación? ¿Comer algo?

El estómago, que antes no había parado de hacerle ruidos, ahora estaba en silencio; sorprendentemente. Todo su apetito había desaparecido.

¡Tal vez si permanecía en compañía de ese hombre el tiempo necesario podría ponerse otra vez su falda negra antes de Navidad!

—No tengo hambre —dijo.

—Ah, vaya. Me decepcionas. Una de las cosas que te hacen

distinguirte de las demás chicas de esta sala es que parece como si de verdad encontraras placer comiendo.

—¡No es necesario que me hagas parecer como si fuera la bestia del Reino!

Él se rió.

—No ha sido esa mi intención en absoluto —dijo recorriéndola con la mirada—. Estoy seguro de que muchos hombres antes de mí han comentado cosas acerca de esas curvas lujuriosas.

Ya estaba de nuevo. Lola no estuvo segura de si esas palabras la hacían sentirse insultada o no. Ni de lo que significaba de verdad esa mirada. Era como si él no se pudiera decidir sobre si ella le gustaba o no...

Lola agitó la cabeza para librarse de la horriblemente erótica visión que se le había pasado por la cabeza, que contenía un comportamiento machista muy a la antigua, tal como Geraint Howell Williams echándosela al hombro y luego... luego...

Además, él no debería hablarle de esa manera a alguien a quien no conocía de antes. Bueno, sí que se habían conocido, cuando ella le había servido unas bebidas en el vuelo hacia París de hacía un par

de semanas, pero estaba claro que él no la reconocía.

Ser azafata era un poco como ser enfermera, todas se parecen con el uniforme. Y el pasajero con el que se ha estado charlando durante un vuelo, la podía mirar sin conocerla una vez fuera del aeropuerto.

Lo sorprendente era que también era al revés, así que ella rara vez reconocía a sus pasajeros una vez fuera del avión.

Pero ese hombre era diferente. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que era de la clase de hombres que se ven una vez y nunca se olvidan...

A Lola le brillaron los ojos.

—La verdad es que no. Los hombres no suelen hacer comentarios sobre mi figura. Ni sobre las curvas ni sobre cualquier otra cosa. Para empezar, yo no animo a que hagan comentarios personales.

—¿No? —bromeó él—. Entonces que vida más aburrida debes llevar.

—Estoy de acuerdo —respondió ella sonriendole dulcemente—.

¡Y permanecer aquí hablando contigo es casi tan aburrido como eso!

Lola vio por un desconcertante momento como los ojos de él se oscurecieron. Estaba claro que lo había hecho enfadar. ¿Habría logrado herirle también el orgullo? Si fuera así, ¿tendría él el detalle de parecer por lo menos como si se disculpara?

No había manera. El enfado se evaporó, lo mismo que la mirada intensa y oscura. Y, sorprendentemente, él se rió entonces.

—No me creo que te aburra, Lola —le dijo suavemente—. ¡Es más, creo que el aburrimiento es lo último que te pasa en este momento!

—Lo encuentras de lo más improbable, ¿verdad? me refiero a que una mujer te pueda encontrar aburrido.

—Pues sí, sobre todo cuando ella me está mostrando todos los signos evidentes de la atracción sexual.

—¡Eso es dar mucho por hecho por tu parte!

Él sonrió, pero como un chico malo de película.

—¿Sí? ¿Es dar mucho por hecho el que los ojos se suavicen por la pasión o que los labios se entreabran automáticamente, como anticipándose a ser besados? Como los tuyos están haciendo justo ahora.

Lola, horrorizada, se dio cuenta de que era así... —¡Déjalo ya! —le suplicó débilmente. El agitó la cabeza.

—Pero lo cierto es que no quieres que lo deje, ¿verdad? Ese es el problema, te gusta, Lola. Y yo te gusto también. Tu cuerpo me está diciendo cuanto...

Luego la volvió a recorrer con la mirada, deteniéndose evidentemente en sus senos, de una manera que Lola hubiera encontrado intolerable en cualquier otro hombre. Pero no en él.

Bajo el vestido color azul claro podía sentir a su cuerpo traicionándola. Notó como si los senos le pesaran más y los pezones se hicieran más sensibles, lo que la hacía sentirse más incómoda que otra cosa.

Porque sabía que sólo había una manera de librarse de esa sensación y, sorprendentemente, deseó que Geraint la tocara.

—¿Te comportas así normalmente con las chicas que acabas de conocer? —le preguntó mientras empezaba a notar temblar las rodillas.

—Nunca. ¿Y tú? ¿Reaccionas así normalmente con hombres a los que acabas de conocer?

Lola respiró profundamente.

—Creo que será mejor que me marche de aquí, antes de que alguno de los dos diga algo realmente ofensivo.

—No estás en estado de ir a ninguna parte. Dame eso.

Eso era el vaso que ella tenía en la mano. Se lo quitó y lo dejó sobre una mesa cercana. Luego la tomó en sus brazos antes de que ella pudiera protestar.

—Geraint, por favor...

—Por favor, ¿qué? —respondió él suavemente desde muy cerca de su cabello.

—Por favor, suéltame.

—Si lo hago, te caerás. ¿No es así?

—N... no —respondió ella dándose cuenta de que estaba disfrutando de la habitualmente desagradable sensación de haber perdido el control.

—Inténtalo.

Entonces la soltó y Lola se sintió desplomarse como si estuviera enferma. Entonces él la volvió a agarrar, haciendo que ella se sintiera más débil que en toda su vida.

—¿Ves?

Sí que lo veía. Ahora veía que le había estado mandando mensajes equivocados desde que lo había visto.

O tal vez. Sólo tal vez, le había estado mandando los correctos y él era lo suficientemente inteligente como para interpretarlos bien.

—Relájate y disfruta de la música —le dijo Geraint.

Ella lo hizo por un momento. Cedió ala tentación y al sentimiento, encantándole estar entre sus brazos, la forma en que la cabeza de él se apoyaba tan fácilmente contra la suya...

Se olvidó del grupo que estaba tocando y atendió sólo a la más íntima música de su cuerpo.

El latido de su corazón, el ritmo de su respiración...

Sabía que debía apartarse, que un baile con un desconocido no debía ser tan íntimo, aunque para todos sus sentidos, el baile no era suficientemente íntimo. Eran sólo un hombre y una mujer bailando muy juntos, como muchos más a su alrededor.

Lola se preguntó si él estaría sintiendo lo mismo. En ese

momento ella se sentía como si fuera la protagonista de cualquier historia de amor.

¡Historia de amor!

Sus pequeñas fantasías de adolescente despertaron de nuevo y la hicieron volver a la realidad de golpe precisamente cuando la música terminó. Levantó la mirada y se encontró con la de él.

—Gracias por el baile —le dijo.

Esos ojos grises eran enigmáticos cuando la soltó.

—De nada.

—Ya es hora de que me marche.

—¿Seguro?

Esa sí que era una buena pregunta. Para ser sincera, no estaba nada segura. Lo cierto era que le gustaría quedarse allí, bailando con él, toda la noche.

Pero una chica tiene su orgullo en que pensar. Él era la clase de hombre enormemente atractivo que, probablemente, había tenido las cosas mucho más fáciles en el pasado. Y el que Lola lo rechazara iba a ayudar enormemente a su desarrollo emocional.

—Muy seguro —respondió firmemente.

Él asintió entonces.

—¿Dónde vives?

Lola vivía allí desde hacía sólo seis meses y todavía no estaba muy segura de cómo responder a esa pregunta sin tener que explicarle cómo era que le habían dejado una casa que tenía un valor de, por lo menos, casi un millón de libras.

La gente siempre se precipitaba a sacar conclusiones desagradables cuando descubría que un anciano al que casi no conocía se la había dejado.

—Vivo aquí —le dijo—. En la urbanización.

—Ya veo —murmuró él suavemente.

Lola lo miró a la cara para ver si había alguna señal de sorpresa, pero no había ninguna.

Todavía estaba muy sensible por vivir en una casa de una urbanización que algún periodista había bautizado como el Beverly Hills de Inglaterra; una urbanización donde todos los que vivían eran asquerosamente ricos.

Excepto ella, por supuesto.

Los ricos tenían un aspecto y una forma de vivir propios y Lola

no poseía nada de eso. Parecía exactamente lo que era, una chica trabajadora que necesitaba utilizar de toda su inteligencia para poder llegar a fin de mes sin problemas. Aunque, tenía que admitir que era una chica trabajadora que vivía en una casa enorme. Una casa que estaba llegando a la conclusión de que iba a tener que vender.

—Yo te llevaré —dijo él.

—¡No! —exclamó ella más vehementemente de lo que había querido.

¿Un paseo a la luz de la luna hasta su casa con un hombre como Geraint Howell Williams? Aceptar eso sería como estar buscándose problemas.

—¿Por qué no? —le preguntó él fríamente.

Estaba claro que era un tipo insistente, aunque estaba segura de que no debía haber tenido que utilizar la insistencia con una mujer en toda su vida.

—¿Tiene que haber una razón? ¿O estás queriéndome decir que crees que ninguna mujer en su sano juicio rechazaría una invitación tuya a acompañarla a su casa?

Él la volvió a mirar fijamente.

—¿Has venido con otro hombre?

—¿Te crees que, habría estado bailando de esa manera contigo si hubiera venido con otro?

—No tengo ni idea —respondió él encogiéndose de hombros—. ¿Quién sabe lo que le puede pasar por la cabeza a una mujer cuando accede a bailar con un hombre?

O viceversa, pensó Lola.

—¿Como qué?

El tomó un par de copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por allí y le dio una a ella, que la tomó sin pensar.

—Como querer mostrar su figura con un vestido ceñido. Eso se podría aplicar fácilmente a ti...

Lola, que no había tenido intención de beber alcohol en toda la velada, le dio un buen trago a su copa y agradeció el valor que le proporcionó.

—¡Este vestido no es ajustado! —dijo mirándose.

El la miró a su vez, divertido.

—Oh, vamos, Lola. Probablemente no haya sido hecho para que lo fuera, pero cuando se combina un material tan sensual como el terciopelo con un cuerpo de Venus de Botticelli como el tuyo, lo que se consigue es algo que podríamos llamar ajustado.

—¿Quieres decir que te parezco gorda?

—Quiero decir que estás sensacional —murmuró él sinceramente—. Si es que realmente quieres saberlo.

Lola sintió un destello de placer. Ese hombre, que estaba tratando tanto de que no le gustara, estaba ligando con ella como un loco y en ese momento no le importaba.

—Y ¿qué otras razones tienen las mujeres para bailar con los hombres?

—¿Tal vez poner celosos a sus novios?

—Pero yo no tengo novio —dijo Lola inmediatamente sin darse cuenta hasta que lo hubo hecho—.Por lo menos, no en este momento.

—No —respondió él pensativamente—. Pero hay también, por supuesto, otra razón evidente por la que una mujer puede querer bailar con un hombre. —¿Cuál es ésa?

—Oh, creo que tú conoces la respuesta a eso —dijo él mirándola largamente.

Lola se tomó esa mirada como un reto. —No, no lo sé.

—Que no se puede resistir a él, por supuesto. Que quiere acostarse con él... y bailar es un sustituto socialmente aceptable para el sexo. Una especie de sublimación.

Cuando vio la cara que ponía ella, añadió:

—Tú me lo has preguntado, Lola.

Tenía razón. Tal vez había sido algo inocente. Pero, siempre había formas civilizadas de responder a las preguntas inocentes, ¿no?

—¿Estás tratando de sorprenderme?

—¿Por qué? ¿Lo estoy logrando?

—No hay comentarios —dijo ella firmemente—. ¡Y ahora sí que me marcho!

—¿Conduces?

—No, he venido andando.

—Entonces te voy a acompañar a casa.

Cuando vio que ella se iba a negar insistió.

—Por favor, Lola. Es una noche muy oscura para que una chica vaya sola por ahí.

Hacía años que un hombre no le decía algo tan deliciosamente caballeroso; aunque Lola asociaba la caballerosidad con alguna forma de inocencia, y la inocencia era algo que no le pegaba a Geraint Howell Williams en absoluto.

—Y ¿Qué puede ser más peligrosos para mí? ¿La noche oscura o tú?

—Estás hablando de distintos tipos de peligro,querida —dijo él sonriendo desconcertantemente—. Aunque te puedo asegurar que te dejaré en tu casa en una pieza. ¿Te satisface eso?

A Lola se le ocurrió que satisfacer era una palabra particularmente pobre, dadas las circunstancias, pero asintió y él dejó las dos copas en una mesa cercana y la acompañó a la puerta como un hombre acostumbrado a estar al mando.

Cuando sintió como el corazón empezaba a latirle a toda velocidad, se obligó a tranquilizarse, él sólo estaba ofreciéndose a acompañarla a su casa, —¿Has traído abrigo? —le preguntó él cuando abrió la puerta y les dio el aire frío de la noche.

—No —dijo ella mientras empezaban a castañetearle los dientes.

Lo cierto era que, cuando había salido de su casa hacía bastante buena noche y no se había esperado que hiciera ese frío luego.

—Toma, tienes frío —le dijo él poniéndole la chaqueta por encima de los hombros.

Una vez fuera pareció como si él conociera el camino instintivamente.

—Este es el camino a mi casa —dijo ella, sorprendida.

—No deberías sorprenderte tanto. ¿No era esa la idea? ¿No es a tu casa a donde tengo que acompañarte?

—Pero no recuerdo haberte dicho donde vivo. —Debes haberlo hecho. Si no, ¿cómo puedo haberlo sabido?

Eso ¿cómo? Lola trató de pensar claramente, pero el olor a él que emanaba de su chaqueta no se lo estaba poniendo fácil.

Caminaron un poco más en silencio. A su lado pasaron un par de coches de lujo que aminoraron la marcha, como si sus ocupantes se extrañaran de ver por allí a una pareja andando, en vez de en coche.

Casi habían llegado cuando ella le señaló un camino de entrada.

—Yo vivo aquí.

Él miró entonces a la elegante casa de tres pisos que se elevaba entre un jardín perfectamente cuidado. Pero en vez de hacer algún comentario, Geraint la miró a ella.

—¿Te das cuenta de que nos hemos conocido anteriormente? —le preguntó entonces de repente.

Lola no pudo evitar sonreír, encontraba ridículamente agradable que él lo recordara.

—Sí. Fue en un vuelo de Londres a París, ¿no?

—¡Ah! Así que lo recuerdas...

—Sí...

—Pero no lo has mencionado.

Lola lo miró directamente.

—Ni tú.

—Tal vez haya pensado que tú no recordarías a un simple pasajero... Tienes conocer a cientos de hombres cada semana.

—¿No recordarte a ti? —respondió ella sonriendo levemente—. Oh, vamos, no te pongas en plan modesto. Sucede que eres un hombre de lo más memorable y, estoy segura de que te lo han dicho muchas mujeres. Te recuerdo muy bien. No dejaste de pedirme zumo de tomate.

—¡Cielos! Realmente tienes una buena memoria, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no dejaste de mirarme siempre que te pedía otro?

Lola se sintió avergonzada.

—Eso no tiene importancia.

—Oh, pero sí que la tiene.

Lola lo miró a los ojos y se dio cuenta de que no iba a parar hasta que no obtuviera todas las respuestas que quería.

Decidió entonces ceder.

—Deberías saberlo, sospechaba de tus motivos. —¿Mis motivos? ¿Qué quieres decir con eso? Lola agitó la cabeza.

—Realmente... no es importante. —Sí que la tiene. Dímelo.

Lola lo volvió a mirar y se encogió de hombros.

—De acuerdo, si insistes, te lo diré. Ponemos el zumo de tomate en la bandeja inferior del carrito porque es una de las cosas que menos nos piden. Algunos pasajeros parecen haberse dado cuenta de ello y lo piden sólo para... para...

—¿Para que te tengas que inclinar para sacarlo de allí?

Lola se ruborizó.

—Bueno, sí.

La mirada que él la dirigió la hizo desear que se la tragara la tierra.

—¿De verdad te crees que yo me rebajaría a semejantes juegos juveniles? Mira, si quisiera verte la ropa interior, no tendría por qué ponerme malo tomando cantidades ingentes de zumo de tomate. después de todo, esas falditas que os ponéis para trabajar dejan muy poco a la imaginación.

—¡Vaya tú...!

Lola levantó la mano para darle una bofetada, pero él reaccionó muy rápidamente y la agarró la muñeca con facilidad, tomándola de la cintura con la otra mano y apretándola contra su pecho. Su sonrisa de lobo hacía que su rostro fuera a la vez intimidador y de lo más atractivo.

—¿Qué me ibas a llamar? ¿Bestia? ¿Animal? ¿Cerdo? ¿Todo junto? Quieres pensar mal de mí, ¿no, Lola? Bueno, entonces, ¿por qué no darte algo de verdad en lo que puedas enfocar tu rabia?

Y entonces él hizo lo que ella había estado deseando que hiciera toda la velada, la besó con fuerza de una manera que alteró todos sus sentidos.

Fue consciente de la dulzura, de la intimidad de sus lenguas entrelazadas, de la desesperada necesidad de apretarse firmemente contra él, de no dejarlo ir nunca.

Oyó el leve gemido que soltó él cuando la apretó más todavía y ella se colgó de esos anchos hombros, acariciándoselos como una posesa.

Pudo sentir entonces la dureza de su abdomen contra su vientre.

Entonces se dio cuenta de que las cosas se estaban escapando de control y eso hizo que se le aclarara la mente de las nieblas del deseo y los hechos empezaron a deslizarse lentamente en su cerebro cuando se obligó a recordar la forma en que él la había insultado.

Y aún así, había estado a punto de tirarse allí mismo detrás de un arbusto con él.

Lo empujó airadamente.

No sé que crees que estás...

—Oh, evítame la histeria —la interrumpió él tranquilamente y

luego bostezó—. ¿Cuándo os daréis cuenta las chicas de que realmente no importa si afirmáis vuestra falta de ganas después del suceso?

Sobre todo, cuando vuestras ganas de participar son tan grandes en el momento.

Entonces sus ojos grise brillaron de placer. —Ese ha sido todo un beso —murmuró—. Vamos, te acompañaré a la puerta.

Durante unos diez segundos, Lola se quedó completamente sin habla.

—¿De verdad te crees que voy a permitir que te acerques a mi casa después de esto? —Y ¿por qué no?

—¡Porque no estoy acostumbrada a ser dominada por cavernícolas acostumbrados a abrazar a las chicas en cualquier momento!

—¿Me estás diciendo que no has disfrutado con ello? Yo estoy seguro de que ha sido así.

—Será mejor que te marches —le dijo ella con los dientes apretados.

—¿Irme? Claro —dijo él sonriendo—. Buenas noches, Lola.

—¿A... a dónde vas?

—A mi casa. A no ser que eso sea una invitación para que me quede.

—¿Dónde vives? —le preguntó ella nerviosamente—. ¿En la urbanización?

—Eso me temo. Aunque sólo temporalmente, ya comprenderas. Me estoy quedando en la casa de Dominic Dashwood.

—¡Pero eso es aquí al lado! ¡Eres mi vecino!

—Exactamente. Es cierto, vamos a ser vecinos.¿No te parece que va a ser divertido Lola?.

Capítulo 2

EL CARRITO traqueteó cuando Lola lo empujó los pocos metros que le quedaban de pasillo tratando de mantener la dignidad. Tal vez Geraint tuviera razón, pensó mientras se estiraba la faldita para que, por lo menos, le tapara el trasero. Esas minifaldas amarillas con el borde azul dejaban bien poco a la imaginación. ¿O sería algo que tuviera más que ver con su curvilínea figura lo que hacía que la faldita en cuestión se le subiera demasiado?

Entonces se preguntó qué hacía pensando en ese hombre. Sólo era un tipo con el que había estado hablando durante menos de media hora la noche anterior. Un tipo arrogante, rudo y egoísta que la había besado sin pedirle antes permiso y había permitido que las cosas se escaparan de control rápidamente. Eso era todo lo que significaba para. él, todo lo que la respetaba.

Y se dijo a sí misma que lo odiaba.

El único problema estaba en que decirse eso mismo una y otra vez no significaba que se lo creyera. Ya se había pasado una noche entre irritada y ansiosa, golpeando la almohada con una vehemencia que la alarmaba para luego enterrar la cara en ella como si fuera el rostro de Geraint.

Consecuentemente, se había levantado antes de que sonara el despertador, sintiéndose fatal al tener que ir a Roma para luego quedarse allí haciendo escala.

Cuando Lola sacó por fin el carrito del pasillo, su mejor amiga, Marnie, la estaba esperando en la pequeña cocina poniendo aceitunas en los entremeses que habían sobrado y luego comiéndoselos.

A Lola le encantaba volar, pero era mejor cuando lo hacía con alguien conocido. Y Marnie y ella habían empezado a trabajar en esa línea aérea al mismo tiempo, hacía casi siete años.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo Marnie ofreciéndole una aceituna.

Lola la rehusó.

—Muchas gracias.

—¿No has dormido?

—Se podría decir así.

—¿Por alguna razón en particular?

Lola agitó la cabeza. Eso no le haría ningún bien a su ya lamentable reputación en lo que se refería a los hombres.

—No importa —añadió Marnie—. Sé lo que te puede animar. ¡O mejor aún, el hombre que lo puede hacer! ¿No lo has notado todavía?

Lola empezó a sacar las bandejas y arrugó la nariz. ¡Cómo le gustaría que la gente no apagara los cigarrillos en las copas de jerez!

—¿Quién? ¿No me digas que el capitán ha emergido de la cabina y se está dedicando a sonreír amablemente a los pasajeros?

—¡No, no, no! No es nada tan extraño como eso. No, me estoy refiriendo al tipo que está en la segunda fila por delante en la primera clase.

—Pero yo no estoy trabajando en primera hoy ¿no?

—Eso no ha detenido a todas las demás azafatas del vuelo para ir a verlo. ¿O debería decir para devorarlo con la mirada?

—Yo nunca miro así a los pasajeros. No es nada profesional.

—No, tú no miras a los pasajeros, pero de alguna

manera, te las has arreglado para que uno de ellos te dejara toda una mansión de casi un millón de libras. ¡Buen trabajo, Lola!

Lola fue a protestar, cosa que parecía que llevaba haciendo desde que recibió ese legado completamente inesperado. Pero decidió no intentar explicarlo, ya *que la gente siempre* pensaba *en lo* mismo y, a pesar que el donante había tenido en su momento más de sesenta años y ella sólo veinticinco, todo el mundo daba por hecho que habían tenido una relación de lo más íntima.

Cuando la verdad era que ella no había tenido nunca esa clase de relación ¡con nadie!

—¿Cómo está tu madre —le preguntó Marnie—. ¿Ha visto ya la casa?

Lola agitó la cabeza.

—No. No quiere saber nada de eso. He tratado de decirle que todo lo que tiene relación con la maldita casa es de lo más casto, pero no me cree.

—Oh, lo hará. Y, por suerte, así no te estará visitando tanto como cuando vivías en el piso, ¿verdad?

—Bueno, ella es una persona muy solitaria y no se relaciona con

mucha gente.

—Al contrario que tú.

—Bueno, la verdad es que no creo que me haya relacionado mucho últimamente, la casa me ocupa todo mi tiempo libre, ¡es tan grande!

—¡Me sangra el corazón por ti! —bromeó Marnie.

—Entonces vente a vivir conmigo —le ofreció Lola impulsivamente—. Hay sitio de sobra.

Mamie agitó la cabeza. Estaba comprometida en matrimonio y no quería compartir a su novio con nadie, ni siquiera con Lola.

Entonces intervino Stuart, el sobrecargo.

—Lola, me *gustaría* que una *de vosotras ayudara* en pr¡mera, por favor *—dijo—. Estamos bastante* apurados por allí.

Marnie le guiñó un ojo a Lola.

—Encantada —dijo—. Iré inmediatamente, Stuart.

Pero él agitó la cabeza.

—Me llevaré a Lola, si no te importa, Marnie. Parece que ella es la única mujer a bordo con algo de sentido común.

—Vaya, gracias, Stuart —dijo Lola—. ¡Por fin se reconocen mis méritos! ¿Significa eso que se me va a subir de categoría?

—Significa que parece que eres la única mujer a bordo que no se ha quedado pasmada con el tipo que va en primera y que no lo ha ido a ver con cualquier pretexto, algo tan evidente que debe estar riéndose con ganas. ¡Realmente, no sé que veis en él!

—¡Espera y verás! —le susurró Marnie a Lola.

—¡Se le va a poner el ego de lo más hinchado! —respondió Lola —. He pasado muy mala noche, Stuart. Casi no he dormido y, la verdad, preferiría no tener que ir a soportar a un niño rico con un sentido demasiado inflado de su propia importancia.

Stuart se rió.

—¡Muy bien por ti! Quiero alguien allí que no se ponga como tonta cuando le ponga los ojos encima. Pero antes, ve a arreglarte un poco, ¿te importa, Lola?

—Vale, como quieras.

Luego se metió en el baño y se cepilló un poco el pelo, se arregló el maquillaje y repasó los labios.

A continuación, se dirigió a primera. Una vez allí, buscó con la mirada automáticamente donde le había dicho Marnie.

Y entonces, empezó a tener un sudor frío. Agitó la cabeza y respiró profundamente.

Era él.

Definitivamente, era él.

Geraint Howell Williams iba en su vuelo y, si no salía de allí rápidamente, la vería y tendría que servirle.

—Perdón, azafata —dijo él volviéndose y mirándola con unos ojos de lo más chispeante.

Por un momento pensó hacer como si no lo hubiera oído y echar a correr hasta el extremo del avión, pero no podía hacer eso. Tenía una buena hoja de servicios en la compañía y no iba a permitir que ese hombre se la fastidiara.

Se acercó a él con su comportamiento más profesional y le dedicó una sonrisa helada que esperaba sirviera para que él se contuviera.

—¿Sí, señor? ¿Qué desea?

—Podrías tratar de quitarte esa expresión de superioridad de la cara.

Ella mantuvo la sonrisa.

—Si parezco superior, señor, tal vez sea porque lo soy.

Él la miró inocentemente.

—¿Estás tratando de ofenderme, Lola?

—Sí.

—Eso pensaba.

De repente, a ella la asaltó una sospecha.

Geraint había viajado dos veces con esa compañía en las últimas semanas y antes ella no se había percatado de su presencia. Y estaba muy claro que, si lo hubiera hecho, lo habría notado.

—¿Me estás siguiendo? —le preguntó.

Geraint hizo una pequeñísima pausa antes de mirarla divertido.

—Eso de que te sigan, ¿es un gaje del oficio? ¿te sucede muchas veces?

—Ja, ja, ja —rió ella sardónicamente.

—Tengo que decirte que, por mucho que admire tus rizos, tus luminosos ojos azules y lujuriosas curvas, ¿de verdad te crees que me tomaría el trabajo de volar a las principales ciudades de Europa sólo para verlos de vez en cuando?

Con esas palabras hizo que su pregunta sonara de lo más

ridícula.
—Supongo que no —dijo ella esperando a ver qué quería él.
Realmente era extraño que, en todos esos años de vuelo, nunca hubiera tenido problemas con ponerse en una posición servil con los pasajeros, hasta ese momento.
Por primera vez se encontró a sí misma a disgusto por tener que permanecer allí con una sonrisa educada cuando lo que más le hubiera gustado sería bajarse en marcha del avión y apartarse lo más posible de ese hombre.
El estiró las piernas y Lola no tuvo más remedio que fijarse en sus musculosos muslos marcándose bajo los pantalones.
Así tumbado, parecía hasta más alto, si eso fuera posible.
—¿Mirarme las piernas te proporciona algún pla
cer, Lola?
¡Ese era el problema, que sí!
—La verdad es que no he pensado mucho en ellas
—mintió.
—¿No?
—No.
—¡Mentirosa!
—Señor Howell Williams...
—Por favor, hemos quedado que me llames Geraint, ya nos conocemos un poco como para andarnos con ceremonias, ¿no crees?
Ella siguió hablando como si no la hubiera interrumpido.
—No me pagan para ser insultada por los pasajeros, sin importar en qué clase viajen. ¿Comprendes?
—Sí, señorita —respondió él, bromeando.
Lola lo miró y luchó con todas sus fuerzas para no dejarse llevar por esa mirada de niño perdido con que la estaba obsequiando en ese momento.
—¿Qué quieres tomar? —le preguntó indicándole la lista de bebidas que tenía delante—. ¿Champán?
—No, gracias. El champán es esencialmente una bebida para celebraciones y realmente no hay nada que celebrar conmigo sentado aquí y tú ahí de pie, vestida con ese ridículo uniforme.
—¡No es un uniforme ridículo! Es sólo...
Entonces sus miradas se juntaron en la minifalda, muy mini, que llevaba ella.

Nunca antes en su vida Lola había sido consciente de la cantidad de muslo que se le veía. Y eran unos muslos bastante redondeados, ya que no estaba hecha como las bellezas esqueléticas que trabajaban con ella.

—¿Un poco corto? —le preguntó él completando la frase mientras le recorría las piernas con una mirada muy interesada—. Aunque tengo que decir que, desde donde estoy sentado...

—¡Cerdo machista!Él se encogió de hombros. —¿Qué tiene de machista admirar tus piernas? Tú estabas admirando las mías.

—¡No lo estaba haciendo!

—¿Sucede algo, señor?

Stuart se había acercado en silencio y estaba mirando interrogativamente a Lola.

A ella se le encogió el corazón, esperándose cualquier cosa y no iba a poder responder. Seguramente los pasajeros cercanos lo habrían oído todo, fundamentalmente lo de cerdo machista. ¡Y siempre les habían dicho que nunca, nunca, insultaran a un pasajero!

Suspiró resignadamente cuando vio que Geraint abría la boca para hablar y agradeció mentalmente la herencia que había recibido. Por lo menos le quedaría un buen dinero cuando la despidieran.

—¡Qué encantador! —dijo Stuart sonriéndola de una forma sorprendentemente amable.

—¿Encantador? —le preguntó Lola confundida—. ¿Qué es encantador?

—Que vayas a cenar con el señor Howell Williams esta noche.

Lola entornó los párpados.

—¿Que voy a cenar con el señor Howell, Williams? ¿Esta noche?

Stuart la miró extrañado.

—Bueno, eso es lo que él ha dicho.

—Oh, a Lola le gusta jugar duro —dijo Geraint entonces—. ¿No es así, querida?

Stuart casi dejó caer la botella de champán que tenía en las manos al oír esas palabras y la familiaridad con que él había pronunciado lo de querida.

—¿Así que se conocían ya?

—Somos vecinos —respondió Geraint.

—Oh. ¿Vive usted también en St. Fiancre?

Stuart parecía fascinado y Geraint sonrió.

—Sólo de momento, hasta que encuentre una casa que me guste lo suficiente como para comprarla. Ahora se la he alquilado a un amigo que está pasando fuera el invierno.

Seguramente en Barbados o en cualquier otro sitio exótico, pensó Lola. Nunca había visto a Dominic Dashwood, el amigo de Geraint, pero su fortuna era legendaria, lo mismo que su apetito por las chicas guapas.

Stuart sonrió a Lola.

—Deberias haberme dicho que os conociais. Nuestra Lola siempre se porta excepcionalmente con los pasajeros. Consigue que la inviten a cenar más que a cualquier otro de la tripulación. ¡Y de vez en cuando, le hacen algún regalo sorpresa!

—¿Ah, sí? —preguntó Geraint sin darse cuenta de que Stuart ya se había marchado.

Por un momento Lola fue consciente de una expresión extraña en su mirada. Era como si, por un momento... pareciera amargado.

—No hay ninguna regla sobre no aceptar regalos de los pasajeros —respondió Lola muy irritada por esa mirada crítica.

—Y ese es tu criterio principal para la vida, ¿no? ¿Que si no hay ninguna regla en contra, entonces debe estar bien?

—Por favor, no me pongas palabras en la boca. El la miró por un momento a la cara antes de volver a hablar.

—No pretendo hacerlo. Lo que pretendo en su lugar es ponerte algo de comida en ella. ¿A qué hora he de recogerte esta noche?

Lola agitó la cabeza.

—No creo que sea una buena idea, ¿y tú?

—Si no fuera así, ¿por qué iba a haberlo sugerido?

—Mira, tal vez anoche te sugerí una idea equivocada...

—Eso depende de tu definición de equivocada, ¿no, Lola? Ciertamente, yo no tuve ningún problema con tu comportamiento de anoche.

—¡Me juego algo a que no! —exclamó Lola ruborizándose al recordar su virtual rendición en sus brazos—. ¡Y si no lo hubiera detenido, cualquiera sabe dónde habríamos ido a parar!

—No creo que haga falta tener el cerebro de Einstein para saber eso.

Lola se murió de ganas de abofetearlo allí mismo.

Era curioso, la noche anterior también le había pasado lo mismo, justo antes del beso. Ella, que normalmente era la chica más pacífica del mundo…

¿Por qué reaccionaba tan violentamente con ese hombre en particular? ¿Diría un analista que la violencia era un sustituto del sexo, que subconscientemente lo deseaba?

Respiró profundamente y esperó que sus facciones no la traicionaran y parecieran tranquilas.

—El avión está lleno y yo estoy muy ocupada. Así que, ¿Te importa disculparme ahora? Claro, si no has decidido qué es lo que quieres tomar.

—Zumo de tomate, por favor —dijo él tranquilamente.

Lola se mordió los labios.

—¿Estás tratando de ponerte gracioso?

—Pues mira, sí —respondió él sonriendo abiertamente.

Esa sonrisa le afectó tanto a Lola que no pudo evitar sonreír ella también.

—Será mejor que vaya a por tu bebida —dijo.

—No quiero nada de beber. Lo único que quiero es que aceptes cenar conmigo esta noche.

Lola, dándose cuenta de lo vulnerable que podía ser al lado de ese hombre fue a negarse, pero él pareció adivinar sus intenciones y le dijo:

—¿Y si le cuento al sobrecargo lo desagradable que has estado conmigo hace un momento? Y, además, me has acusado de ser un cerdo machista y ahora me estás negando la oportunidad de limpiar mi nombre.

—A eso se le llama chantaje —protestó Lola no con mucho ánimo.

—También se le llama conseguir lo que se quiere. —Supongo que siempre lo haces, ¿no? —¿Tú qué crees?

—Creo que ya es hora de que alguien te rechace. —¿Por mi propio bien? —bromeó él. Quizás.

—¿Y tú crees que puedes ser esa persona? Lola lo miró fijamente.

—¿Por qué no?

—Porque no te voy a aceptar un no por respuesta, por eso. No

de ti. Así que, ¿qué tienes que decir a eso?

Lola se quedó mirándolo. Lo encontraba tremendamente atractivo, pero a la vez, de lo más peligroso, un peligro que lo rodeaba como un aura y que se unía a su atractivo de bucanero. Se lo podía imaginar perfectamente con una camisa blanca, un parche en un ojo y un brillante sable de abordaje en la mano.

Apartó de su mente esa imagen que, inexplicablemente, estaba haciendo que deseara besarlo otra vez.

—¿Lola? —insistió él—. ¿Vas a cenar conmigo esta noche?

—Sí —le dijo ella sin dudar ya.

En ese preciso momento, para bien o para mal,eso era lo que más quería en el mundo.

Capítulo 3

Y ¿QUÉ TE vas a poner para esa cita del siglo? —le preguntó Marnie. Lola hizo una mueca ante el espejo. —Ese es el problema... ¡Que no lo sé!

Se ató bien la bata y salió de la lujosa habitación

del hotel que la línea aérea le había asignado en el centro de la ciudad y con una magnífica vista de la misma.

Habían llegado hacía apenas una hora y ahora Marnie estaba sentada en su cama tomándose un gintónic y la miró fijamente cuando Lola entró en el dormitorio.

—¿No te has pasado un poco con el perfume? —le preguntó.

Lola, que había utilizado suficiente aceite de baño como para llenar la piscina del hotel, arrugó la nariz.

—Oh, ya se irá.

—No me puedo creer que te hayas lavado la cabeza. Ya sabes lo espeso que tienes el cabello, no se te va a secar a tiempo.

—Vaya, gracias. Se supone que estás aquí para animarme, no para ponerme más nerviosa todavía.

Luego se puso unas braguitas de algodón y se miró al espejo. Inmediatamente encogió el estómago. Seguía pareciendo gorda, pensó desesperada.

—¿Crees que debo llevar el vestido escarlata? ¿O el negro? ¿Cuál me hace parecer más delgada?

Marnie levantó la mirada al cielo.

—¿Quieres caer en la cama con él en los primeros diez minutos?

—¡Por supuesto que no!

Marnie se encogió de hombros entonces.

—Entonces no es necesario que te tomes tantas molestias.

—Ya estamos, ¿no? —dijo Lola mirando indignada a su amiga—. ¿Es que te crees que me dedico a meterme en la cama con los hombres la primera vez que salgo con ellos?

—Por supuesto que no. Pero es que tampoco sales con hombres como Geraint Howell Williams muy a menudo.

—¿Y qué tiene de especial Geraint Howell Williams? Sólo es más rico y atractivo que la mayoría de los demás, eso es todo.

—¡No! Eso no es todo. Es mucho más que eso, y has de tener

cuidado, Lola.

—¿Cuidado?

Mamie asintió.

—¿Cómo te lo puedo decir? ¡Ya sé! Si todos los hombres fueran peces.

—¡Me gusta esa comparación!

—Entonces Geraint sería un tiburón asesino. Peligroso, experimentado. Tremendamente atractivo. Irresistible. ¿Ves lo que quiero decir, Lola?

—No sabía que los tiburones fueran atractivos e irresistibles — bromeó Lola—. ¡Tal vez debiera estudiar biología marina!

—Para ya, lo digo en serio. No me fío de él. Es demasiado de todo para su bien.

—Yo lo que te he pedido es que me aconsejes sobre el vestido, no que me hagas un análisis del carácter de mi acompañante.

—De acuerdo... te daré mi consejo. No te pongas ni el negro ni el escarlata.

—Pero...

—No te pongas nada más sofisticado que un saco. Y, si no tienes uno a mano, ponte lo menos atractivo que tengas en la maleta. Algo que te pondrías para ir a tomar el té con tu tía solterona y conservadora. Además, ponte unas medias gordas y zapatos planos. ¡Y nada de maquillaje! de esa manera Geraint no te verá lujuriosamente y tú no te verás tentada a tener un conocimiento carnal de él.

—¡Gracias por nada! —gruñó Lola mientras rebuscaba en el contenido de su maleta—. No quiero parecer como si lo estuviera intentado mucho, pero quiero tener el mejor aspecto posible. Una mujer tiene que pensar en su orgullo.

Al final, se dejó el cabello libre para que se le secara bien y se puso un traje pantalón de seda color crema.

Dio unas vueltas en medio de la habitación.

—¿Qué opinas?

Marnie se quedó en silencio por un momento, luego le dijo:

—Estás preciosa, Lola. Vas a tener cuidado, ¿verdad?

—Por supuesto que lo voy a tener. Deja de parecer como si estuviéramos haciendo de protagonistas de una película de espías.

—¿A dónde te va a llevar?

—A la Mimosa.

Marnie frunció el ceño.

—No quiero impresionarme, pero lo estoy. Tienes muchas suerte... Yo siempre he querido comer allí, ¡pero cuesta el sueldo de un año! Y Rob dice que, aunque tuviera dinero de sobra, nunca se gastaría tanto en comer, por principio. ¿A qué hora te va a recoger?

Lola miró su reloj y puso cara de susto.

—¡Oh, cielos! ¡Ahora mismo!

Marnie levantó la mano autoritariamente.

—¡Entonces, que espere! Siempre les viene bien esperar un poco.

Así que Lola se hizo esperar cinco minutos, que le parecieron como cinco horas.

Por fin, cuando bajó para encontrarse con Geraint, él estaba en la recepción del hotel y los ojos de ella se dirigieron inmediatamente a su oscuro y elegante cuerpo.

Estaba sentado en uno de los sofás de cuero con las largas piernas estiradas por delante y la cabeza apoyada en las manos, de modo que sus ojos grises no se perdieran nada.

La vio inmediatamente y se levantó con una gracia animal que hizo que más de una cabeza femenina se girara en su dirección.

Llevaba un elegante traje gris pálido y estaba de lo más sexy que Lola hubiera visto en toda su vida.

Su expresión era difícil de describir cuando se le acercó, pero fruncía el ceño levemente, como si algo le extrañara. Pero cuando ella lo miró interrogativamente, él sonrió dándole la bienvenida.

—Estás muy... exótica —comentó él.

—¿Sí?

Lola se preguntó si era ese el efecto que había querido conseguir.

Cuando él le pasó un dedo por una de las mangas, Lola se estremeció como una gata atemorizada.

—Está hecho en Hong Kong —dijo sin que se le ocurriera otra cosa.

—¿De verdad?

Lola tragó saliva. ¿Es que él iba a seguir toda la noche haciéndola sentirse incómoda con sus comentarios sarcásticos? Y, lo que era más importante, ¿se lo iba a permitir ella?

—¿Por qué me has pedido que vaya a cenar contigo esta noche,

Geraint?

—Hablemos de ello en el taxi, ¿te parece?

Cuando se dirigieron a la puerta, ella se quedó parada por un momento, muy consciente de las miradas de incredulidad que la estaban dirigiendo las demás mujeres presentes.

Él la notó ponerse tensa y la miró.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Lola trató de decirlo como en broma.

—Todas esas mujeres hermosas de ahí, se están preguntando por qué vas con alguien como yo.

El la miró pensativamente cuando le abrió la puerta del taxi.

—¿Hermosas? No encuentro hermosos esos cuerpos delgaduchos con esos vestidos tan reveladores. Pero ese vestido de seda que llevas...

Los ojos de él la recorrieron lentamente, observando como la seda se pegaba a cada curva de su

cuerpo.

—Esconde más que enseña, tienta más que anima —murmuró—. Encuentro mucho más atractivo ese vestido que esos que hacen que la que lo lleve se esté buscando que la acusen de escándalo público.

—Oh —exclamó Lola sintiéndose ridículamente animada por su aprobación.

Luego le sorprendió ver que él le decía algo al conductor en un italiano muy fluido.

—¡Hablas bien el italiano!

El sonrió levemente.

—¿Y lo encuentras raro?

—Sí. La mayoría de los ingleses...

—¡Ah! Pero es que yo no soy inglés, Lola... Yo soy galés.

—Ya veo.

Eso explicaba el leve acento musical de su profunda voz. Y su cabello oscuro. —¿Y juegas al rugby? —le preguntó ella tratando

de no imaginárselo con unos pantalones cortos embarrados.

—¿Me estás estereotipando ahora? El hombre es galés, por lo tanto tiene que jugar al rugby y cantar en coros masculinos. ¿No es así?

—¡No, no te estoy estereotipando! ¡Sólo estoy tratando de ser agradable!

—Eso está bien —bromeó él—. Pero un poco aburrido, ¿no crees?

Lola suspiró. ¡Si no la hiciera temblar con la forma seductora con que pronunciaba su nombre!

—No veo como podemos tener una velada medio decente si bloqueas todos mis intentos de mantener una conversación con algún comentario como ése.

—Pero es que no tienes que mantener una conversación conmigo, ¿sabes, querida?

—¿De verdad? Entonces, ¿qué más propones que haga? Y, por favor, no me vengas con algo obsceno y evidente.

Él se rió entonces.

—No tengo ninguna intención de ser nada de eso.

—Muy bien.

—La verdad es que me gusta la forma en que me miras cuando estás tratando de no hacerlo. Así que, ¿por qué no cedes y me miras con adoración ahora y así podremos dejar las historias de nuestras vidas para cuando estemos cenando?

Lola se quedó anonadada por su arrogancia. ¡Que lo estaba mirando con adoración! ¿Lo había estado haciendo?

Le gustaría tener la valentía y fuerza de voluntad suficiente para decirle que dieran la vuelta y que la volviera a dejar en el hotel, donde podría pasar la velada con Marnie.

Pero el caso era que su amiga se iba a ir con los demás de la tripulación a una de las más ruidosas discotecas de Roma y ella se iba a tener que conformar con una cena solitaria en el comedor del hotel o hacer que se la subieran a la habitación.

Y no quería. Quería estar allí. Y con él. Ese era el problema.

Se alejó todo lo posible de Geraint y se puso a mirar fijamente por la ventanilla del taxi mientras pensaba.

¿No serían esos cambios de carácter y esas indecisiones los primeros síntomas del amor?

Eso era una tontería, la gente no se enamoraba de alguien a quien se acababa de conocer. ¿O no?

Llegaron al restaurante y ella se quedó pasmada al verlo.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó ella tirando inadvertidamente de una de las mangas de Geraint—. ¡Y mira todas esas luces! *¡Es* precioso!

Su entusiasmo provocó una mirada de Geraint

que era medio indulgente y medio perpleja, como si no estuviera acostumbrado a un comportamiento tan exuberante. Pero no dijo nada.

Luego entraron en el restaurante y los instalaron con toda naturalidad en la mejor mesa.

—¿Cómo te las has arreglado para conseguir esto? —le preguntó Lola.

—¿Qué? ¿Una cita contigo?

—La mesa.

—Ah, eso no ha sido difícil. Sinceramente, no tanto como asegurar la cita.

—¿No? *¿Es* por eso por lo que toda esa gente de fuera está tratando virtualmente de echar la puerta abajo para entrar?

El se encogió de hombros.

—Yo hablo italiano. Y hago muchos negocios

aquí. Me encanta el país... la comida, el vino y la cultura. Dadas todas esas cosas, encontrar una mesa en un buen restaurante, no es demasiado problema.

¡Y lo hacía parecer tan fácil!

—Tal vez sea mejor que pidamos ya —dijo él sonriendo.

Debió hacer alguna señal inapreciable para Lola, pero enseguida tuvieron un camarero al lado.

Los siguientes dos minutos los pasaron con la carta de vinos y eligiendo sus platos.

Lola se sentía tan alterada como una adolescente en su primera cita, ¡lo que era absolutamente ridículo! Había salido muchas veces con chicos y había incluso tenido lo que parecía que iba a ser un romance de cuento de hadas con un piloto nada más empezar a trabajar en la línea aérea. Pero entonces había sido demasiado joven como para mantener una relación con un hombre que estaba más tiempo fuera del país que en él.

El recuerdo de esa relación todavía tenía el poder de hacerla preguntarse con incredulidad cómo podía haber sido tan tonta.

La relación había terminado antes incluso de que hubiera empezado, y muy dolorosamente, cuando descubrió que el tipo con el que había planeado pasar un muy romántico fin de semana, tenía novia.

Y había salido bastante quemada de esa experiencia. Nunca olvidaría lo mal que se había sentido después; sobre todo por el abandono sin piedad del que había sido objeto. Luego había evitado tener relaciones serias con los demás, aunque eso le había resultado bastante fácil, ya que no había habido nadie que le hubiera gustado tanto como para pensárselo siquiera.

Hasta ahora...

—Me prometiste que me contarías la historia de tu vida —dijo entonces ella, sorprendiéndose por su reacción.

Geraint se puso tenso de repente.

—¿Sí? —le preguntó fríamente. —Sabes que lo has hecho.

—¿Y si te digo que no estoy precisamente muy interesado en hablar de mí mismo?

—Yo diría que, o bien estás reprimido o tienes algo que ocultar.

—¡Touché! —se rió él—. ¿Qué quieres saber?

—Oh, estoy segura de que un hombre inteligente como tú no necesita de ninguna ayuda por mi parte para eso.

Geraint entornó los párpados suspicazmente. —¿Estás riéndote de mí, Lola?

—¿Por qué? —respondió ella riéndose sinceramente—. ¿Es que no lo puedes soportar?

—Oh, yo puedo soportar cualquier cosa que se te ocurra. Cualquiera.

El ambiente empezó a echar chispas por el erotismo casi tangible que existía entre los dos y Lola fue incapaz de mirarle a los ojos. Empezó a juguetear con la servilleta que tenía en el regazo y se sintió muy aliviada cuando él decidió que era mejor que no respondiera a su invitación y empezó a hablar.

—Yo nací en Gales —le dijo y su acento musical se profundizó cuando empezó a describir su país de nacimiento—. Del hermoso sur de Gales, que es salvaje, oscuro y realmente magnífico.

Sí, pensó Lola enseguida. Salvaje, oscuro y magnífico, ¡como él!

—Me temo que este es el clásico cuento de gente que sale de la nada y se hace rica. ¿Estás dispuesta a oírlo?

Lola entonces pensó que había encontrado una grieta en su armadura y la intrigó esa inesperada vulnerabilidad.

—Muy dispuesta —le respondió pensativamente.

—Mi padre era minero del carbón y, desde muy joven tuvo la

silicosis; como muchos otros, por supuesto. Cuando yo tenía ocho años, lo jubilaron prematuramente y le dieron una pensión de invalidez. Pero no era suficiente para alimentar a una familia de gorriones y, mucho menos a mi madre, a mí y a mi hermana Catrin. Así que mi madre se dedicó a limpiar casas.

Lola lo miró entonces a los ojos y vio un destello del niño que había detrás del hombre. El niño que había querido proteger a su madre del duro trabajo y de las penurias, pero que no había podido hacerlo por su corta edad.

Lo que tuvo que haber sido una cruz muy pesada para un hombre orgulloso como él.

—¿Y?

—Oh, en su momento eso la destruyó. Y a mi padre. Su orgullo no le hacía tragar fácilmente el que una mujer lo mantuviera. El caso fue que los dos estaban tan debilitados que, cuando una epidemia de gripe asoló Gales, los dos fallecieron. Yo tenía entonces diez años —dijo él como si aquello no tu viera importancia.

A Lola no le resultaba desconocido el dolor infantil y trató de imaginarse lo que había sentido él al quedarse huérfano a tan temprana edad.

—Oh, Geraint —dijo suavemente—. ¿Cómo te las arreglaste?

—Mi hermana me ayudó —dijo él, sonriendo por primera vez—. Sacrificó sus estudios universitarios para que yo pudiera estudiar, años más tarde. Por ello siempre estaré en deuda con ella.

Entonces se volvió y miró a un camarero. El hombre se acercó y Geraint le pidió una botella de agua mineral y, cuando llegó la botella, Geraint ya estaba otra vez tan normal y, una luz en lo más profundo de sus ojos le indicó a Lola que no toleraría su lástima, aunque fuera bien intencionada.

—Así que ya sabes mis secretos, Lola. Ahora creo que es tu turno, ¿no?

Lola se sintió muy incómoda por la forma en que la estaba mirando. Ya no era deseo lo que se veía en su mirada, ni siquiera un interés benigno. En su lugar había como una especie de helada curiosidad que hizo que sintiera un nudo en la garganta, así que le dio varios tragos a su gintónic para animarse.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó ella por fin. —Oh, lo habitual.

—Pareces de lo más hastiado. —¿Sí?

—Bueno, supongo que es porque te pasas el rato oyendo a chicas abriéndote sus corazones. Geraint sonrió.

—No te voy a contar ningún secreto, querida, si es eso lo que quieres decir.

¿Significaba eso que era discreto?

Lola se preguntó cuántas otras chicas habrían estado en el lugar en el que estaba ella ahora. ¿Le habrían embellecido sus años infantiles para impresionarlo?

Bueno, pues ella no lo iba a hacer. La suya había sido una infancia anodina, aislada y, muy a menudo, solitaria, pero siempre se había negado a ponerse sentimental al respecto.

—Pasé la primera parte de mi vida en un pequeño pueblo llamado Taverton, en el Cornwall. Mi madre sigue viviendo allí.

—¿Y tu padre?

—Murió cuando yo tenía once años.

—Bueno, eso es algo que tenemos en común —dijo él tranquilamente.

—Sí.

—Así que no has vivido en tu casa familiar desde... ¿hace cuánto?

—Siete años, tengo veinticinco —dijo ella tratando de poner algo de entusiasmo en su voz.

—¿Y siempre has querido volar? —le preguntó él sin dejar de mirarla a la cara.

Lola asintió. Volar había sido toda su vida, y su entusiasmo por ello no se había desvanecido nunca.

—Siempre. Y nunca antes me había subido a un avión, aunque supe desde el principio que quería ser azafata de vuelo. Conseguí mi trabajo actual a los dieciocho años y llevo con él desde entonces.—Y ¿cómo es la vida de una azafata de vuelo?

—No creo que tengas que sentirte obligado a hacerme esa pregunta. Estoy segura de que has salido antes con otras azafatas. No me gustaría pensar que te estoy haciendo pasar por otra sesión de Lo que me Gusta de Mi Trabajo.

—¿Y quién es ahora la cínica? Te puedo asegurar, Lola que nunca he sido obligado a hacer algo que no quiera en toda mi vida.

De eso ella estaba segura, no podía existir nadie con la suficiente

fuerza de carácter como para obligarlo a hacer algo que no quisiera.

—La vida de una azafata es tremenda. Yo se la recomendaría a cualquiera por un montón de razones obvias, por ejemplo, la oportunidad de ver mundo y de conocer gente.

—¿Y a la larga?

Lola parpadeó.

—¿A la larga?

—¿Es un trabajo que te veas haciéndolo con cuarenta años?

—Bueno no, no realmente.

—Entonces, ¿qué vas a hacer tú a los cuarenta?

A Lola le dio vergüenza por alguna razón decirle que esperaba para entonces haberse instalado con algún hombre maravilloso, cuidando a un montón de hijos.

—Yo .... bueno, no lo he pensado mucho.

Él la miró incrédulamente.

—¿De verdad? ¿No tienes pensado estar instalada seguramente en una cama marital para entonces? ¿No quieres casarte, Lola?

El hecho de que él hubiera adivinado tan certeramente sus pensamientos la dejó anonadada.

—Tal vez. ¿Por qué no?

—Eso, ¿por qué no? ¿Todavía nadie te ha tentado para que dejes esta vida de trotamundos?

—No, todavía no.

—Pero me imagino que ha debido haber algunos candidatos.

Lola lo miró, irritada. —¿Candidatos para qué?

—Para el matrimonio. Relaciones. Debes haber conocido a unos cuantos hombres con el tiempo. ¿No es esa una de las ventajas del trabajo?

—¿Estás tratando de ofenderme, Geraint? —le preguntó ella dejando su copa de golpe en la mesa. —¿Preguntándote por tus amigos? ¿Qué puede haber de ofensivo en eso?

—Porque estás dando por hecho que yo voy por ahí acostándome con la gente.

Él la miró largamente y Lola se clavó las uñas en las manos haciendo un intento de librarse del poder de esa mirada.

—Bueno, era eso lo que has dado por hecho, ¿no? —añadió.

—Estás muy a la defensiva —murmuró él.

—¿Y qué si lo estoy? De todas formas, ya he hablado demasiado.

Cuéntame algo más de ti.
—¿Qué más puedes querer saber?
—No me has dicho cómo te ganas la vida. O, cómo es que conoces al misterioso Dominic Dashwood.
—Especulo con dinero. Y conocí a Dominic durante mis años en Oxford.
Entonces ella recordó la pequeña pausa que había hecho él cuando se presentó en la fiesta.
—¿Y debería yo saber algo de ti?
—No necesariamente —respondió él encogiéndose de hombros —. Sólo si lees las secciones de economía de los periódicos. Y también he estado en Nueva York los últimos diez años, así que es improbable que hayas oído hablar de mí de todas formas. Acabo de volver.
—¿Porqué?
Otra pausa.
—Asuntos familiares —dijo él con las facciones endurecidas.
Lola no se dio por enterada.
—Y ¿qué hace en realidad alguien que especula con dinero?
El rostro de él se hizo más frío incluso. —Compro y vendo. Eso es todo. —Haces que parezca muy simple.
—La verdad es que prefiero no hacerlo parecer nada en absoluto. Pero tú ya has hecho la pregunta, como hacen todas las mujeres, inevitablemente.
—¡Oh, por Dios! Tú me has preguntado a mí lo que has querido, ¿qué he hecho yo que sea tan diferente?
—Has ido directamente a la parte monetaria del asunto, ¿no querida? A veces creo que podría ahorrar tiempo si llevara encima un extracto de mis cuentas bancarias para enseñárselo directamente a las chicas con las que salgo.
—Oh, lo siento —dijo ella furiosamente—. No creía que fueras tan suspicaz con respecto al dinero.
—Cuando se ha conocido a tantas mujeres con el signo del dólar en los ojos como lo he hecho yo, entonces, inevitablemente, te vuelves suspicaz con ese tema —dijo encogiéndose de hombros y luego añadió:— ¿Tus padres eran ricos?
—¿Por qué lo preguntas?
Los ojos le brillaron a Geraint.

—¿No es evidente? Para empezar, por tu casa en St. Fiacre. ¿Cómo ibas a poder tener una casa como ésa con tu sueldo? .

—¿Cómo crees que la conseguí?

—Supongo que de un hombre, ¿no?

Lola lo miró a la cara y vio en la de él la condena, pero no le importó. ¿Cómo se atrevía a juzgarla sin conocerla siquiera?

—Eso es.

—¿Un hombre rico?.

—Has dado en el clavo —le dijo sonriendo y se dio cuenta de cómo él apretaba los puños hasta que los nudillos se le ponían blancos—. Un hombre muy rico. Probablemente mucho más que tú. Bueno, me imagino que podría comprarte unos cientos de veces, Geraint.

Él aflojó entonces el puño y relajó la mano. Luego la miró y, sorprendentemente, parecía divertido.

—Lo dudo —respondió con toda seguridad.

Y Lola también lo dudó, y ese era el problema. Se preguntó por qué no habría salido corriendo de allí en ese mismo momento, pero una mirada al rostro que tenía delante le recordó que no era nada fácil dejar a alguien tan atractivo. Bebió más vino para tranquilizarse.

—Entonces, ¿qué había entre tú y ese generoso benefactor? —le preguntó él—. ¿La madre de todas las relaciones amorosas?

—No, no fue así.

Lola suspiró preguntándose cuánto le debía contar. Claro que tampoco tenía mucho, pero nadie la creía nunca. Había llegado a acostumbrarse a que la gente que realmente no la conocía se dedicara a sacar conclusiones erróneas. Pero por alguna razón, la mirada de desaprobación de Geraint era más de lo que podía soportar.

Apoyó los codos en la mesa y lo miró fijamente.

—La verdad es que no me gusta hablar de eso. —¿Oh?

—Porque nadie me cree y, porque la gente tiende a prejuzgarme. Todo el mundo parece pensar que soy una especie de cazafortunas que le echó el guante a un tipo muy rico. Entonces se les ponen unas caras horribles y críticas... como la expresión que tú tienes ahora.

—¿La tengo? Lo siento.

—Por supuesto, la otra razón por la que no hablo de ello es porque ahora que tengo una casa realmente buena, tengo a mi vez mucho cuidado con los cazafortunas.

—¿Y me pones a mí en esa categoría? —le preguntó él suavemente.

—¡No seas ridículo! Los cazafortunas normalmente no aparecen con esos trajes italianos tan caros hechos a medida.

—Gracias. Me tomaré eso como un cumplido, ¿no?

Lola se ruborizó.

—Si quieres...

—Entonces, ¿por qué no me hablas de la casa? Y dejas que juzgue por mí mismo.

Lola pensó entonces que la verdad no podía hacerle mucho daño. ¡Cualquier cosa era mejor que el que él siguiera tomándola por la amante de Peter Featherstone.

—Hace unos tres años, conocí a Peter Featherstone en un vuelo a Bruselas.

—¿Llevaba a alguna mujer con él? —le preguntó Geraint rápidamente.

—No.

—Y, naturalmente, tú te pusiste a charlar con él, ¿no?

—Sí. Ya sabes que solemos hacerlo con los pasa

jeros. ¿Tienes algún problema con eso, Geraint? El rostro de él era de lo más inexpresivo. —Supongo que no.

—Peter solía viajar por toda Europa muy regular

mente y, a menudo yo estaba en esos vuelos. Entonces, un día, mientras hablábamos y por casualidad, descubrí que estábamos en la misma obra de

caridad.

—¿Obra de caridad? —le preguntó él incrédulamente—. ¿Tu tienes algo que ver con una obra de caridad?

—¡Oh, por Dios! ¿Quién está sacando estereotipos ahora? ¿Qué pasa, Geraint? ¿Es que no encajo en tu idea de la clase de persona que se dedica a esas cosas? No, mejor no me respondas a eso.

—¿Qué obra de caridad? —le preguntó él frunciendo el ceño.

—Una que se dedica a cuidar a niños muy enfermos. Averiguamos a dónde quieren ir o a quién quieren conocer y se lo solucionamos. Peter era el propietario de algunas tiendas y fábricas

de juguetes en el sur de Inglaterra y era un benefactor muy generoso.

—¿Y qué pasó? Me refiero entre él y tú. —Bueno, nada, eso es lo curioso. —¿No hubo romance?

—¡Era mucho mayor que yo, por Dios! Tenía más de sesenta años...

—¿Pero no seguía siendo un hombre atractivo?

Lola le dirigió una mirada helada.

—Sinceramente, nunca pensé en él en esos términos. Sólo salí a cenar con él una o dos veces, después de eso y, por alguna inexplicable razón, debió cambiar su testamento y me dejó a mí la casa. Luego murió. Tal vez sabía lo enfermo que estaba. De cualquier manera, sufrió un ataque al corazón hará cosa de un año.

—Es terrible —dijo él automáticamente.

A Lola, extrañamente, le dio la impresión de que Geraint le estaba haciendo todas esas preguntas aunque parecía como si de alguna manera ya conociera las respuestas. Pero, ¿cómo podía ser eso? Sólo se conocían desde la noche anterior.

—Sí que lo es.

—Lo siento —dijo él con un extraño tono de voz—. Me refiero a que él muriera.

—No pareces lamentarlo particularmente.

—¿No? Tal vez sea porque estoy celoso.

¿Celoso?

Lola apartó a un lado la sensación de alegría que le había producido ese comentario frívolo.

—Pero apenas me conoces, Geraint. ¿Por qué vas a estar celoso?

—Porque me gustaría saber qué tipo de encantamiento puedes ejercer en un hombre de sesenta años para que te deje una casa que vale más de un millón de libras. Tienes que ser dinamita en la cama, Lola.

Lola pensó por un momento que no lo había

oído correctamente, pero luego todo el horror de sus palabras la golpeó de lleno. Dejó de golpe su copa sobre la mesa y lo miró fijamente.

—¿Qué derecho te crees que tienes para decirme algo así? ¡Y después de todo lo que te he dicho! Después de convencerme de que eras una persona en la que podía confiar para que te lo contara

todo. ¿Te crees que invitar a cenar a una mujer te da carta blanca para hacer estos repugnantes comentarios?

Lola se puso entonces en pie.

—¿A dónde te crees que vas? —le preguntó él tranquilamente.

Lola casi explotó de rabia.

—A cualquier parte, a mi hotel. ¿ A dónde si no?

Si te crees que voy a pasar un minuto más en tu compañía después de lo que acabas de decirme, es que no tienes nada de percepción.

—¿Y si me disculpo por mis repugnantes comentarios, como tú has dicho tan dulcemente?

—¡Oh! —exclamó Lola sin pensar en todos los demás clientes que estaban observando esa tan poco británica muestra de pasión en público—. ¿No es eso muy propio de un hombre?

—¿Lo es?

—¡Sí que lo es! ¿Te crees que puedes soltar todo tipo de sucios comentarios y que luego lo único que tienes que hacer es agitar las pestañas y decir que lo sientes para que todo cambie para bien de repente? ¡Bueno, pues conmigo no te sirve!

—Evidentemente, no —respondió él sonriendo levemente—. Ya veo que voy a tener que soportar muchos comentarios acerca de lo que motiva el comportamiento masculino si sigo estando cerca de ti.

—¡Oh!

—Y ahora, tú tienes dos opciones. O te sientas y empezamos de nuevo, sobre todo dado que me he disculpado...

—¿O?

—O puedes hacer otra escena delante de toda esta gente.

—¿Te crees que no la haría?

En ese momento, el camarero les depositó delante dos platos de lo que parecía ser una deliciosa pasta.

—Creo que eres demasiado sensible.

Lola lo miró como si estuviera completamente loco. Se apoyó en la mesa y se inclinó, de forma que su cabello oscuro le cayó sobre los hombros.

—¡No es necesario que parezca como si toda esta desastrosa velada fuera completamente culpa mía! Tú fuiste el que empezó a interrogarme y luego me

insultó y, tú eres el que va a tener que aprender una lección.

—¿De quién?

—¡La estás mirando!

—¿De verdad?

—¡Sí, de verdad!

—Y, ¿de qué lección se trata?

Aquello fue la gota que colmó el vaso para Lola. Ni el tono de su voz, ni siquiera su leve sonrisa, sino la respuesta que estaba sintiendo ella hacia él. **¡Ese** tipo acababa de ser más rudo que cualquier otro hombre y, aún así, seguía deseando besarlo!

—Se trata de aceptar la responsabilidad de tus actos —le dijo ella fríamente.

Luego tomó el vaso de agua mineral y se lo tiró sobre el regazo.

Geraint reaccionó casi inmediatamente, tomó la servilleta y empezó a secarse.

La miró larga y pensativamente mientras la mancha que cubría esa inequívoca parte de su anatomía aumentaba de tamaño.

Luego, y en voz bastante alta como para que lo oyera cualquiera que hablara inglés, le dijo:

—Supongo que tú quieres hacer esto por mí ¿no, querida? Después de todo, es tu punto débil.

Dos mesas más allá debía haber alguien que lo entendió, ya que se oyó una fuerte carcajada y Lola se ruborizó.

Geraint sonrió ante su reacción.

—Querida, por favor, no sublimes por más tiempo tus deseos sexuales. Me rindo —dijo levantando las manos y luego se puso en pie—. Me perderé el resto de la cena si me llevas a casa y nos acostamos, ya que es eso lo que tan evidentemente deseas.

Lola apretó los puños.

—¡Cerdo...!

—Oh, querida —la interrumpió él actuando para la gente—. No puedes esperar, ¿verdad, mi amor? Luego, a la vista de todos, la tomó en sus brazos.

La gente se puso como loca cuando empezó a besarla, pero Lola estaba sorda a las palmadas y gritos de ánimo, y ciega a las miradas de los demás clientes, mientras la cena se les quedaba fría.

Y, lo que presumiblemente había empezado como un intento de Geraint para silenciarla, se transformó en algo muy diferente.

Al principio, ella trato de apartarse y mantuvo los labios firmemente apretados, pero sólo el calor de los de él logró que los apartara. Luego la lengua de él se coló lentamente en el interior húmedo de su boca y eso la hizo sentirse de lo más débil por la necesidad.

Gimió levemente y le rodeó el cuello con las manos, permitiéndole que apretara más aún.

Entonces pudo sentir los pezones endureciéndose por el deseo de que él los tocara y debió mover los labios sobre los de él con alguna plegaria silenciosa e involuntaria, porque notó como él se ponía tenso.

—Oh, Lola —susurró él—. Te deseo. Cielo santo,como te deseo.

Esas palabras penetraron en el pequeño cuento romántico que se había fabricado Lola para sí misma y se obligó a sí misma a apartar los labios de los de él y lo miró acusadoramente. —¿Y te crees que eso es todo? Geraint frunció el ceño.

—¿Qué?

—¡Tú sabes qué!

—¿Sí?

—¡Sí, lo sabes! ¡O mejor, te crees que lo sabes! Quieres acostarte conmigo, pero has empezado a acosarme antes de que hubiéramos terminado el plato principal. ¡Vaya un comportamiento barato! —exclamó Lola, tan enfadada consigo misma como con él.

—Creo que deberíamos irnos a algún sitio más tranquilo para terminar de discutir esto —murmuró él mirando de reojo a los demás clientes que los seguían observando—. ¿Tú no?

—Deja que me imagina dónde quieres ir. ¿A tu dormitorio o al mío?

Geraint la miró con un aire de bromista seriedad.

—Baja la voz, Lola, ¡tengo que pensar en mi reputación!

Esa frase fue más que suficiente como para hacerla recuperar el sentido común. Se dio cuenta de repente del silencio que había en el restaurante y de que todo el mundo los estaba mirando.

Y también se dio cuenta de que Geraint la estaba mirando directamente a los senos. Se preguntó si los demás comensales podrían ver lo evidentemente que se marcaban los pezones contra la seda.

Se llevó las manos a las mejillas ardientes y algo le volvió de su

espíritu habitual. Lo miró entonces airadamente.

—La próxima vez que invites a cenar a una chica te sugiero que consultes antes un libro de buenas costumbres. Me temo que tu comportamiento es demasiado brutal para los gustos de hoy en día, Geraint.

Luego levantó una mano para llamar al camarero y Geraint pareció levemente divertido, más que seriamente afectado.

—¿Tú crees? —le preguntó con un tono de voz tan suave que Lola empezó a pensárselo de nuevo lo de abandonarlo.

Pero tenía que salir de allí. ¡Y deprisa!

—Por favor, llámeme a un taxi inmediatamente —le dijo al camarero que se había acercado.

Luego se dirigió decididamente hacia la puerta, con la barbilla orgullosamente levantada.

—Sí, *signorina* —dijo el hombre.

Pero fue el comentario de Geraint lo que le quedó en los oídos.

—Puedes huir todo lo que quieras, Lola, porque los dos sabemos que, al final, no servirá de nada.

Lola no respondió, se limitó a salir corriendo del restaurante y meterse en el taxi que la esperaba.

Le dijo al conductor que la llevara rápidamente al hotel, lo que el hombre hizo lo mejor que pudo, teniendo en cuenta que era sábado por la noche.

Todavía estaba echando humo cuando llegó a su habitación. Se desnudó y se metió en la ducha, recordando entonces como lo había mojado. ¡Y dónde! ¿Qué pensaría ahora de ella?

No algo peor de lo que pensaba ella de sí misma, por la forma en que su cuerpo había respondido a su presencia.

¿Y si la iba a buscar? ¿Y si lo dejaba entrar en la habitación y él empezaba a ejercer ese irresistible encanto suyo y terminaban revolcándose en la cama como Marnie había predicho antes?

Pensó que sí, si subía, lo dejaría pasar. Era una mujer fuerte y se lo haría ver.

Sintiéndose mucho más resuelta, notó como le volvía el apetito también y cuando salió de la ducha buscó a ver qué encontraba en el mini bar.

Marnie se lo debía haber comido todo y no estaba dispuesta a esperar a que el servicio de habitaciones le subiera algo, así que se

obligó a acostarse con el estómago vacío.

Pero permaneció mucho tiempo despierta en la cama, oyendo los ruidos que hacían los otros huéspedes del hotel que volvían de pasar la velada fuera, pero Geraint no subió.

La irritó profundamente darse cuenta de que su último pensamiento despierta fue uno de profunda decepción.

Capítulo 4

CUANDO Lola llegó delante de su casa a la tarde siguiente, ya ni se acordaba de Geraint Howell Williams.

De acuerdo, no podía negar que existía una fuerte química sexual entre ellos, pero estaba muy claro que, para ellos, no había ningún futuro.

La verdad era que no parecían gustarse demasiado y, sólo porque sus cuerpos se pusieran a cien cada vez que estaban cerca, esa no era una base suficiente como para empezar una relación.

Detuvo el coche delante de la casa y la miró como lo hacía siempre. No se podía creer todavía que ella fuera la dueña de semejante casa.

Después de lograr abrir la puerta de la calle, lo que era más difícil que hacer lo mismo con la cámara acorazada de un banco, dejó sus maletas en el trastero y fue a ver si tenía correo.

Aparte de las facturas habituales y una invitación de su organización de caridad para mayo, había una carta de su madre declinando su invitación de ir a pasar con ella la semana santa.

Lola suspiró decepcionada, pero no sorprendida. Como Marnie le había dicho bastantes veces, las visitas de su madre ya habían sido bastante infrecuentes cuando vivía en su piso anterior, pero desde que vivía en esa casa, no la había visitado ni una sola vez.

Cuando descubrió que Peter le había dejado la casa, Lola se mostró preocupada de que su madre pudiera sospechar de su relación con él, así que le había dicho claramente que no había habido nada de naturaleza sexual entre ellos y su madre la había creído.

Entonces, ¿por qué seguía sin querer ir a verla allí?

Suspiró.

A no ser que se viera retada directamente, como había hecho Geraint en el restaurante de Roma, trataba de no pensar mucho en su herencia. No le gustaba nada que la envidiaran y, la envidia era la reacción más habitual que experimentaba la gente cuando averiguaba que le habían dejado una casa carísima simplemente por haberse mostrado amistosa con el dueño.

Pero lo que esa gente no sabía era lo que costaba mantener una

casa así, sobre todo en una urbanización tan prestigiosa como ésa.

Lola cuidaba el jardín todo lo que podía, pero ella trabajaba realmente a jornada completa y, sólo mantener bien todo ese terreno, le estaba costando una auténtica fortuna en mano de obra.

Más tarde o más temprano iba a tener que ir pensando en venderla.

Entonces sus pensamientos se vieron interrumpidos por el timbre de la puerta.

Se había olvidado por completo de poner la cadena de seguridad en la puerta y, estaba tan absorta en sus pensamientos que la abrió del todo y se encontró delante de Geraint, con los brazos en jarras.

Pensó que parecía un vaquero, con esa postura arrogante y masculina, que la hacía sentirse a ella débil y desvalida.

¡Que no era en absoluto como quería sentirse! Abrió la boca para recibirlo como se merecía, pero él se adelantó.

—¿Es que estás completamente loca?

Lola estaba demasiado atontada como para responder, demasiado afectada por su visión.

A la luz del día estaba incluso mejor que por la noche. Llevaba un jersey color crema y unos pantalones vaqueros gastados.

Había pensado que nunca se lo podría imaginar con unos vaqueros, pero ahora se daba cuenta de que debía haber sido cosa de su mente protegiéndose de esa imagen.

—¿Lo estás? —insistió él.

Lola parpadeó y trató de aclararse la cabeza.

—¿Qué?

—¿Es que no te preocupa tu propia seguridad? ¡Podría haber sido cualquiera! ¡Imagínate, viviendo en un sitio como este y siendo lo suficientemente estúpida como para abrir la puerta sin ni siquiera usar la cadena de seguridad! —¡Pero eras tú! ¿O no?

—¡No sabías que lo era! Ni siquiera has usado la mirilla, ¿verdad?

Lola levantó la barbilla beligerantemente. —¿Y qué?

—Y que ahora yo te podía haber golpeado en la cabeza ya. Y, mientras estuvieras inconsciente, podría haberte desvalijado la casa.

—Pero la seguridad de esta urbanización tiene fama de ser la mejor del país. Además, yo no tengo nada de valor para que me lo roben.

—¿Tú crees? —dijo él entrando sin esperar a ser invitado.

Su mirada se posó en un jarrón chino que había en una esquina del salón y que Lola había estado utilizando como paragüero.

—Sólo ese jarrón puede valer una pequeña fortuna —dijo él—. La pintura de encima de la chimenea es un temprano Waterman y esos dos candelabros de la mesa son de plata maciza... Victoriano tardío, y muy raros.

Lola parpadeó, demasiado interesada en lo que estaba diciendo como para pensar en que había entrado en su casa sin ser invitado. Y ciertamente, él sabía de lo que estaba hablando en lo que se refería a antigüedades... que era mucho más que lo que podía hacer ella.

Peter le había dejado la casa con todo su contenido, pero ella no había hecho que se lo valoraran. Le había parecido algo avaricioso en su momento.

—Pero peor que te roben puede ser lo que te hagan si sigues siendo tan generosa en lo que se refiere a tu seguridad —continuó Geraint.

Lola contuvo la respiración cuando se dio cuenta de lo que le estaba diciendo.

—¡No!

—Oh, sí. Los intrusos no suelen tener mucha conciencia si interrumpe su trabajo una mujer espectacular. Si alguien te está robando la casa, te puedes apostar cualquier cosa a que no tiene mucho sentido moral. Si yo fuera un ladrón, podría estar violándote, Lola. En este mismo momento...

Se produjo un silencio breve mientras Lola digería lo que le estaba diciendo.

—¿Cómo... cómo puedes? ¿Cómo puedes decir algo tan brutal?

—¿Es así o no?

—Sí...

—Sobre todo si resulta que estás tan provocativa como en este momento —dijo mirándola de arriba abajo.

—¿Con el uniforme? ¡Esto no es muy provocativo!

—Ya hemos hablado de la indecente longitud de tu falda —respondió él duramente—. Y ¿no sabes que a muchos hombres los excitan las chicas de uniforme?

Lola se preguntó por un momento si él no estaría entre ellos,

pero no se atrevió a preguntárselo a él.

—Nunca he visto estadísticas al respecto. Y, realmente, no me importan mucho las fantasías ridículas de los hombres.

—¿Crees que las fantasías masculinas son ridículas?

—Algunas, ¡sobre todo las que se refieren a las azafatas! Las encuentro insultantes para las mujeres en general. Los uniformes tienen un propósito útil para que todo el mundo parezca igual y no veo como una blusa y una falda pueden ser descritas como provocativas.

Geraint empezó a mirarla lentamente de arriba abajo.

—¿No lo crees?

—¡No, no lo creo!

—¿Ni siquiera cuando se lleva la camisa desabrochada, sólo te faltan dos botones, haciendo que las fantasías de cualquier hombre se puedan hacer realidad?

La mirada de ella siguió la dirección de la de él y vio horrorizada lo que quería decir, llevaba la blusa casi abierta del todo.

Tal vez fuera el calor excesivo que hacía en la casa o sólo una reacción a la cercanía de Geraint, pero los senos parecían haberle crecido a dos veces su tamaño normal y el sujetador le estaba apretando demasiado.

Se ruborizó y vio un destello diabólico en los ojos de él.

—¿Ves lo que quiero decir?

—¡Oh! —exclamó ella furiosamente y se abrochó la blusa con dificultad—. ¡Eres imposible!

—Has engordado un poco recientemente, ¿no? —le preguntó él sarcásticamente.

La lógica le dijo a Lola que lo echara de allí inmediatamente, pero la curiosidad pudo con ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Has venido a disculparte?

—¿Por qué?

—Por tu rudeza en el restaurante.

—¿O por mi refrescante sinceridad? Eso depende de cómo lo veas. Y, la razón por la que estoy aquí… bueno, es que quería verte, naturalmente. Para hablar contigo.

Lola agitó la cabeza.

—Creía que anoche ya nos habíamos dicho todo

lo que había que decir.

—¿Sí? Yo creía que hablar tenía muy poco que ver con lo que pasó anoche —murmuró él.

—¿Te refieres a algo opuesto a pelear?

—Estaba pensando más bien en el beso que siguió a la pelea —respondió él con una sonrisa que,combinada con el recuerdo de ese beso, le causó un efecto curioso a Lola.

Fue como si le fallaran las rodillas y el cerebro se le diluyera.

—¿Tú no has estado recordando también ese beso? —insistió él.

—N... no. No lo he hecho. He hecho lo que he podido para olvidarme de todo.

—Yo también. Pero ese es el problema cuando se hace algo prohibido, que se vuelve mucho más excitante. ¿No estás de acuerdo?

—¿Quieres decir que no hay nada más irresistible que la tentación?

—No del todo. Se me ocurre algo que puede ser mucho más irresistible. Pero la tentación lo sigue muy de cerca.

Lola supo que estaba en peligro, un peligro difícil de definir. Se oyó a sí misma aclarándose la garganta como un político nervioso. —Geraint...

—Me gusta como dices mi nombre. Con ese leve acento de Cornwall...

—Tengo que ducharme —lo cortó ella, desesperada—. Y cambiarme de ropa. Luego he de ir de compras.

—Muy bien... Yo también tengo que ir de compras. Podemos ir juntos.

Lola se quedó mirándolo fijamente. —Geraint...

—¿Lola?

—Debe haber millones de chicas...

—¿En el mundo? —le preguntó él sonriendo. —¡Que se morirían de ganas de salir contigo! —Sí. ¿Y qué?

—Entonces ¿Por qué?

—No estás siendo muy sincera contigo mismo, ¿no, Lola? Estás tan fascinada por ti como yo lo estoy por ti. Y no pidas una razón porque no tengo ninguna que darte. No me gustan nada los clichés, pero por una vez, hay uno que me parece apropiado. Algo sucedió cuando nos vimos por primera vez en ese salón abarrotado de gente

¿no? Algo poderoso.

—Algo extraño —dijo Lola sin pensar.

El se puso alerta de repente.

—Así que tú también lo notaste, ¿no? Esa sensación —dijo riéndose—. La verdad es que a mí tampoco me gustó mucho.

—¿No? —le preguntó ella, decepcionada.

—¡Por supuesto que no me gustó! ¿Te crees que me proporciona placer hacer una exhibición en medio de un restaurante en el que llevo cenando sin problemas desde hace casi diez años? ¿Te crees que disfruté besándote en público como un chaval de diecisiete años que acabara de descubrir el sexo?

Lola abrió mucho los ojos.

—Entonces, ¿por qué no te vas y me dejas en paz?

—¿Es que no sabes nada de la naturaleza humana?

—Un poco. Trabajar de cara al público todos los días nos da una idea de lo que hace reaccionar a la gente.

—¿Cosas como quien va a comprar más champán? ¿Los pasajeros de primera o los de clase económica?

Lola lo miró, enfadada.

—Los pasajeros de primera no pagan por el champán.

—Y aún así, ¿no beben tanto como pudieras esperarte?

—Supongo que no.

—¡Exactamente! —dijo él con los ojos brillándole—. Si algo es gratis, es aceptable, y por lo tanto, menos excitante. Haz que algo sea tremendamente caro o que esté prohibido y tu apetito por ello se incrementa... ¡Esa es la naturaleza humana!

A Lola no se le había ocurrido verlo así con anterioridad.

—No veo qué tiene que ver el consumo de champán en las líneas aéreas con...

—¿Con nosotros?

Lola apretó los labios, temiendo que él pudiera ver como le temblaban.

—Pero no hay nada de nosotros, Geraint.

—Ahí es donde te equivocas —respondió él entornando los párpados—. Hay algo entre nosotros. Y tú lo sabes. ¿Es que no tienes ningún sentido de la aventura? ¿No crees que debemos explorar todas las infinitas posibilidades?

—No. No lo creo.

—Pero, si haces que algo sea prohibido, haces que se transforme en una obsesión, ¿no? Y es difícil vivir con las obsesiones, incluso es imposible. En vez de concentrarte en tu rutina diaria, te puedes pasar horas pensando en el perfil de una mejilla, en como se puede reflejar la luz del sol en el cabello...

Entonces le recorrió el rostro con la mirada y añadió:

—Las obsesiones hacen que la vida deje de tener importancia, y eso no es bueno para nadie.

Lola lo miró fijamente, sorprendida por su franqueza.

—Parece como si tuvieras mucha experiencia con las obsesiones.

—Por suerte, no —respondió él agitando la cabeza morena—. Cualquier conocimiento que pueda tener de eso se basa en la observación, no en la experiencia.

Luego miró el reloj y le dijo:

—¿Por qué no te espero aquí mientras te duchas y te cambias y luego nos vamos de compras juntos?

—¿Ir de compras juntos? —le preguntó Lola sin poder evitar sonreír por su audacia—¿Porque yo?

—Porque a no ser que subas arriba y te quites ese ridículo uniforme, puedo terminar haciendo algo tan poco característico en mí como lo que hice anoche.

Lola supo que después se odiaría por hacer esa pregunta, pero no lo pudo evitar.

—Y ¿qué es eso?

La mirada de Geraint se endureció.

—¿He subestimado tu honestidad, Lola? ¿Quieres jugar conmigo ahora?

—N... no.

Cierto que ella quería algo, pero no jugar. Algo más excitante. Y lo que quería estaba a punto de...

El extendió los brazos y la hizo levantar la barbilla, mirándola a los ojos pensativamente.

—Sí —dijo como si estuviera respondiendo a una pregunta.

Luego bajó la cabeza para besarla.

Lola trató de evitar la oleada de emociones que amenazaban con superarla, pero no pudo. Un toque y estaba enganchada. Fuera de sí y de control. Sin protestar, dejó que él la abrazara.

Y Geraint lo hizo de una manera que era a la vez protectora y

excitante. Una manera que no escondía lo mucho que la deseaba.

Lola se estremeció cuando sintió su excitación y le acarició los hombros.

Oyó como él se reía… de triunfo, deseo y gusto, antes de recorrerle el rostro con sus beso.

Había una evidente pregunta en su mirada cuando levantó el rostro. Sus bocas estaban suficientemente cerca como para que Lola pudiera sentir en los labios el calor de su aliento, entonces, tan desagradablemente como un despertador por la mañana, sonó el timbre de la puerta.

Capítulo 5

ERA LA CASA de Lola y, era ella la que teóricamente se encontraba en una posición más comprometida. Debería alegrarse de esa interrupción.

Pero sin embargo fue la que soltó un leve gemido de decepción. Y lo habría ignorado por completo.

Pero Geraint tenía otras ideas.

Con una compostura admirable, la dejó y la empujó amablemente hacia la puerta.

—Será mejor que vayas a ver quien es —susurró. Lola lo miró, como decepcionada. —¿O voy yo?

Lola agitó la cabeza.

—No, ya voy yo. Después de todo, es mi casa. Luego se acercó a la puerta y la abrió.

En el umbral había una mujer, desconocida. Pero aún así, Lola tuvo la extraña sensación de que le sonaba de algo.

—¿Sí?

—Hola —dijo la mujer y sonrió.

Era muy alta. Su cabello era corto y castaño, condestellos rojizos. Pero como estaba muy delgada, su altura no se notaba tanto. Parecía frágil, casi pequeña, y llevaba unos vaqueros gastados y una vieja trenka beige.

Su rostro atraía la atención como un imán, pero no era convencionalmente hermosa. La boca era demasiado gruesa y la barbilla demasiado cuadrada.

Pero tenía unos ojos extraordinarios. Camaleónicos. Verdes, dorados, castaños...

La mujer estaba mirando detrás de Lola. Entonces ella se dio cuenta de que se había olvidado por completo de la presencia de Geraint. ¡Lo podía hacer!

Geraint se adelantó y se puso a su lado, casi como si él fuera el anfitrión; Lola se preguntó qué clase de imagen darían a un desconocido. Sobre todo a una desconocida con esa nerviosa

mirada.

—Hola —dijo Geraint utilizando una voz mucho más amable que la que nunca había utilizado con ella—. Tú eres Triss Alexander ¿no?

La chica miró agradecida a Geraint. —Sí, lo soy.

—La modelo.

A Lola no le extrañó que le resultara tan conocida. Había sido de las mejores y luego había desaparecido por completo de la vista.

—Me parece que he venido en un momento poco oportuno —dijo Triss ruborizándose.

—¡No! —afirmó Geraint agitando la cabeza—. No era nada que no pudiera esperar. Quédate. Tomemos un té.

Eso lo dijo mientras miraba a Lola con una evidente promesa en su mirada.

—Sí, quédate —añadió Lola, animada por esa promesa.

—No, muchas gracias —respondió Triss llevándose una mano a la frente como para apartarse un mechón de cabello.

Y entonces Lola se dio cuenta de por qué no la había reconocido.

—Te has cortado el cabello —dijo.

Triss sonrió serenamente, pero Lola se dio cuenta de la tristeza que escondía.

—Sí, así es.

—No he querido meterme en lo que no me importa, pero es que pareces muy diferente.

—Por eso me lo corté. Fuera con lo viejo y adelante con lo nuevo.

—¿Estás segura de que no quieres tomar un té?—intervino Geraint sonriendo.

Triss dudó un momento, pero agitó de nuevo la cabeza.

—No, gracias. Tal vez otro día. No, yo... Sólo he venido para presentarme, acabo de mudarme aquí al lado.

—¡Vaya! —exclamó Geraint—. Yo también.

Lola lo miró furiosamente.

—Soy Geraint Howell Williams —dijo él extendiendo la mano—. Y esta es Lola Hennessy. Y esta su casa.

Triss les dio la mano a los dos y los miró. —¿Quieres decir que no vivís aquí? ¿Juntos? Lola deseó patéticamente que él dijera algo en plan posesivo como que no, pero que se lo estaba trabajando o

algo así, pero no lo hizo.

—No, yo vivo al otro lado de la calle.

—¿En la casa de Dominic Dashwood? ¿La ha vendido?

—No. Sigue fuera del país. Me pidió que se la cuidara mientras volvía.

—¿Por qué? —preguntó Triss nerviosamente—. ¿No es bueno el servicio de seguridad? Espero que no sea así porque me dijeron que aquí estaría mejor protegida que en un convento de clausura.

Ese comentario inocente hizo que Lola apartara la mirada y se ruborizara al pensar en lo que Geraint y ella habían estado a punto de hacer cuando Triss llamó a la puerta.

—El servicio de seguridad está bien —afirmó Geraint—. Eso era lo que Lola me estaba diciendo, ¿no es así, querida?

Lola lo miró avergonzada.

—Eso es.

—Yo estoy buscando algo para comprarme en otra parte. El que me esté quedando aquí es un favor mutuo que nos hacemos Dominic y yo. Él volverá dentro de un par de meses y, esa noticia geieralmente hace que lo espere una leción de admiradoras. Creo que ya está harto de llegar a su casa y encontrarse con un montón de chicas ansiosas.

Triss juntó las manos como si fuera a rezar y entonces miró a Lola y dijo algo de lo más extraordinario.

—De paso, quiero que sepáis que tengo un hijo —dijo amontonando las palabras.

—Eso es maravilloso —exclamó Lola.

Por instinto miró a las manos de Triss para ver si llevaba algún anillo, pero no llevaba ninguno.

—Cuando una es famosa, o lo has sido, la gente se cree que tiene algún derecho sobre ti y estoy muy nerviosa por su seguridad. Esa es la razón principal por la que me he venido a vivir aquí, por su servicio de seguridad. Nadie sabe nada de él, por lo menos, no la prensa, mi cuñada se ocupó del parto, ya que es médico. Ese niño es mi secreto —dijo cruzándose de brazos como si tuviera al niño en sus brazos y luego añadió:

—Os estoy diciendo todo esto porque sois mis vecinos más próximos y mi madre me dijo una vez que, si depositas tu confianza en tus vecinos, ellos nunca te traicionarán. Eso es muy inocente por

mi parte, ¿no crees, Geraint?

Cuando Triss miró a Geraint, Lola sintió un inexplicable destello de miedo.

—Creo que es muy inteligente por tu parte. Y por la de tu madre. Nunca se podría traicionar una confianza así depositada. Tu secreto está a salvo conmigo —respondió Geraint.

—Estará bien protegido aquí —añadió Lola—. Hay bastantes niños y podrás conocerlos.

—¡No! —exclamó Triss agitando la cabeza—. ¡No quiero hacerlo! Todavía no. El caso es que... Si alguien viene preguntando por mí, o por Simón... —No sabemos nada —respondió Lola. Geraint miró preocupado a Triss. —¿Tienes problemas?

Triss dudó, pareció como si fuera a decir algo y luego cambió de opinión.

—No. Voy a estar bien. Y ahora he de marcharme. He dejado a Simón en su cochecito. Mirad.

Entonces se apartó y señaló detrás suya. A unos metros había un cochecito grande y anticuado. A Lola le brillaron *los ojos.*

—¿Pudo verlo?

—Bueno... Está dormido.

—¡Sólo un momento! Te prometo que no lo voy a despertar.

Triss sonrió entonces.

—La verdad es que es muy guapo, así que no me importa que lo veas.

Lola corrió hacia el cochecito., y, cuando se acercó a él aminoró la marcha.

Dentro, muy abrigado para protegerlo del frío de marzo, había un niño dormido y sonriendo beatíficamente.

Lola lo miró. Le encantaban los niños y, eso de tener allí uno, delante de su casa, la hizo desear tener uno propio en sus brazos.

Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no tomar al niño durmiente. Oyó unos pasos detrás, pero no se molestó en mirar.

—¡Es precioso, Triss! Me lo comería a besos. ¡Tienes mucha suerte!

—No soy Triss.

Lola se volvió y se encontró con que no era Triss la de los pasos, sino Geraint. Triss estaba todavía en la puerta, recogiendo uno de los juguetes de Simón, que se le debía de haber caído del bolsillo.

Los ojos de Geraint eran inescrutables.

—Estoy empezando a ver qué es lo que hay en ti para que un duro hombre de negocios como era Peter Featherstone te dejara esta casa. Hay algo realmente irresistible en una mujer a la que le gustan tanto los niños.

Sus miradas se encontraron y Lola pensó que se podía perder en esos *ojos* grises. El corazón le latió más rápidamente cuando se dio cuenta de que él acababa de dedicarle el cumplido de su vida. Pensó que sería muy fácil amar a Geraint.

—Aquí viene Triss —dijo él de repente.

El pálido rostro de la chica se animó cuando se inclinó sobre el cochecito.

—Es maravilloso, ¿no os parece? Aunque debo ser un poco subjetiva, creo.

Geraint le devolvió la sonrisa y miró también al niño.

—Es comprensible. ¡Yo creo que también lo podría ser!

Lola experimentó entonces el amargo sabor de los celos al verlo mirándose a los ojos como si el resto del mundo no existiera.

En ese momento hubiera dado saltos de alegría si Triss estuviera a cientos de kilómetros.

—Tu marido debe estar tan encantado como tú —le dijo a la otra.

La sonrisa murió en el rostro de Triss.

—No tengo marido. Ni compañero —respondió ella desafiantemente—. Estoy completamente sola.

Lola fue consciente de la mirada furiosa que Geraint le dedicó, pero ya no podía hacerla sentirse peor de lo que ya se sentía por haber hecho ese comentario.

Geraint entonces le dijo a Triss:

—Por favor, no te creas que nos tienes que explicar tu vida privada. No tienes el monopolio de relaciones agitadas, de eso puedes estar segura. Pero en cualquier momento que quieras hablar con un hombre... Si se te van los plomos o algo así...

—Creo que eso lo puedo hacer yo sola. Gracias, Geraint.

Él sonrió.

—Estoy seguro de que puedes. Pero si te preocupa algo... lo que sea, llámame, por favor. Toma mi tarjeta.

Se sacó una de la cartera y, para sorpresa de Lola, se la dio a ella

antes.

—Escribe también tu número, Lola —le dijo—. Así Triss sabrá que tiene aliados a ambos lados de la valla.

Lola asintió, sintiéndose desinflada. Si Triss Alexander no tenía ni marido, ni novio, ni nada de nada, ¿qué esperanza iba a tener ella con Geraint?

Porque, al parecer, él tampoco tenía nada de eso y, ¿no preferiría él estar con una hermosa ex modelo que con una azafata airada con la que, al parecer no podía ser civilizado más de cinco minutos?

Tris sonrió brillantemente.

—¡Gracias! —exclamó—. A los dos. Ahora será mejor que me vaya. Simón se despertará pronto para que le dé de comer. Creedme, puedo arreglármelas mejor con cualquier director artístico que con un niño pequeño y hambriento que me tiene dominada por completo.

Luego se encogió de hombros y, mientras empezaba a empujar el cochecito, añadió:

—Adiós.

—Adiós —respondió Lola pensando que la podría llamar al día siguiente ofreciéndose como niñera. Por lo menos, tal vez eso pudiera compensar su desagradable comentario sobre los maridos.

Triss se había alejado sólo unos metros cuando se volvió y dijo ausentemente:

—Podéis venir alguna vez a tomar algo a casa.

Los dos.

—Claro. Nos encantará —respondió Geraint, ya que Lola estaba demasiado llena de remordimientos como para decirle que tenía boca propia y que no necesitaba que respondiera por ella.

Se quedaron viendo como Triss se alejaba.

—No debería haberle preguntado por su marido —dijo ella.

—No, no debiste hacerlo. ¿Por qué lo hiciste? —¿No te lo puedes imaginar?

—Tal vez... pero prefiero que me lo digas tú.

—Supongo que me puse en plan territorial —admitió ella de mala gana—. Pero no tenía ningún derecho a hacerlo.

—Lo que no tienes es necesidad —la corrigió él—. Nunca he andado por ahí alternando chicas y no voy a empezar a hacerlo

ahora. De todas formas, Triss no está interesada en mí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Geraint... —dijo ella cuando él la tomó del brazo y la obligó a mirarlo.

—Vas a cenar conmigo esta noche. No me importa si en tu casa o en la mía, ni quien haga la cena. No me importa si vamos ahora a hacer la compra, ni si decidimos explorar los restaurantes locales más tarde. Ni siquiera me importa si vamos a cenar al muy caro restaurante del club de tenis... nada de eso me importa.

—¿Por qué? —susurró ella, fascinada—. ¿Qué te importa?

A él le brillaron los ojos.

—Sólo que al final de esta velada estaremos tú y yo, solos. Quiero volver a besarte, Lola. Pero esta vez apropiadamente. Sin interrupciones. En privado.

Lola se rió nerviosamente mientras su corazón se aceleraba.

—No puedes esperar seriamente que acepte cenar contigo esta noche cuando virtualmente has declarado tu intención de que hagamos el amor después, ¿verdad?

—Estoy seguro de que no puedo ser el primer hombre en tu vida que es sincero desde el principio con sus intenciones, ¿verdad?

Él era el primer hombre que ella había encontrado suficientemente atractivo como para temer el reto, pero no se lo iba a decir. Y, si le contaba la verdad, que nunca había hecho el amor con un hombre, ni se había aproximado a ello, no se lo iba a creer.

Porque los hombres tienen unas ideas muy preconcebidas sobre las vírgenes. Sobre su aspecto y cómo se comportan. Para ellos una virgen no se maquilla y suelen trabajar en bibliotecas. No se puede ser virgen si se vuela por todo el mundo, se tienen curvas por todos lados y una sonrisa que a veces le proporcionaba problemas serios.

—Podía intentar decir que no —le dijo con dignidad.

Lo vio entonces ponerse tenso.

—Podrías intentarlo.

—Pero ¿estás muy seguro de que puedes librarte de cualquier oposición que yo te ponga? —Puede.

—Supongo que es porque crees que eres el amante más irresistible del mundo, ¿no?

—¿Qué pasa, Lola? ¿No te gusta que te quite tus objeciones

besándote?

A Lola le dolió darse cuenta de que él estaba jugando con ella. Porque esas palabras eran parte de su juego amoroso que, sin duda, él había practicado con incontables chicas.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Es que eso le suele gustar a tus chicas? Si alguna pone una objeción, eso significa que se te está resistiendo. Si tú entonces las haces cambiar de opinión, ¿no implica eso un cierto grado de fuerza, Geraint?

Él se había quedado muy quieto, tanto como una estatua.

—Nunca fuerzo a nadie. Pero a algunas chicas les gusta resistirse un poco, hacer un poco de teatro. Eso les tranquiliza la conciencia. Si, por ejemplo, piensan que el sexo está mal o es algo sucio, vergonzoso...

—¿Y eso es todo lo que pueden pensar los hombres? ¿Sigue siendo utilizado eso como una especie de defensa patética contra la violación?

La boca de Geraint se transformó en una delgada línea.

—Hay diferencia entre un beso dado casi de mala gana que puede o no llevar a algo más y la clase de asalto brutal en que parece que tú estás pensando.

—¿La hay?

—Bueno, ¿para qué perder el tiempo hablando de ello? ¿Por qué no lo juzgas por ti misma? —dijo él viéndosele en la mirada el deseo que sentía de besarla.

Lola esperó, decidida esta vez a no mostrar tanta ansia como antes. Tal vez si miraba esos deliciosos labios como despreciándolos durante el tiempo suficiente, podría desanimarlo.

Pero estaba claro que él era un maestro del control. Tardó una eternidad en acercarse lo suficiente como para que sus labios casi se rozaran. Le había dado tiempo de sobra para interrumpirlo.

Pero no sólo no lo había hecho, sino que no se había movido en absoluto.

Los ojos de él estaban entornados y le brillaban de deseo, pero no sonreía. Su mirada la recorrió cada centímetro del rostro, pensativamente.

Le puso las manos en los hombros y acercó más aún la cara. Entonces ella pudo ver la tensión que lo embarga.

—Generalmente encuentro que la anticipación a hacer el amor

es insoportablemente excitante, pero hoy lo es más todavía.

Ella supo que tenía que desanimarlo para que no le siguiera hablando de esa manera. Y también para que no la besara. Pero el caso era que necesitaba desesperadamente que lo hiciera. —¿Sí?

—¿No lo crees tú?

Lola tragó saliva nerviosamente, pero por suerte, él no esperó una respuesta.

En su lugar, le llevó un dedo a los labios y se los acarició. Cuando le temblaron, él sonrió levemente.

—Lo que hace que merezca la pena prolongar la espera todo lo posible, ¿no crees?

—Supongo —dijo ella toda trémula.

—Lo malo, es que mi cuerpo se niega a escuchar lo que le está diciendo mi mente, lo que me deja sin nada que hacer, excepto lo que llevo esperando toda la tarde. Besarte. Claro, a no ser que tú tengas alguna objeción a eso, Lola.

Ella reconoció que, después de todo lo que le había dicho, le estaba dando la oportunidad de detenerlo, pero él no necesitó ni una palabra, debió leer la respuesta en sus ojos.

Lentamente, bajó la cabeza y sus bocas se unieron en un beso que quitó la respiración, silenciándola de la forma más satisfactoria que se pudiera imaginar.

Para Lola fue como echar un trago de agua fresca después de un día caluroso y abrió los labios como si se lo estuviera bebiendo.

Tal vez fuera que estaba demasiado susceptible, pero los besos de otros hombres en el pasado eran como para olvidarlos.

Por supuesto, apartando su fracasada relación con el piloto. Él besaba bien, pero con demasiada técnica y poco sentimiento.

Mientras que Geraint…

Él besaba bien por instinto, como si la boca de ella fuera un territorio nuevo y desconocido y él fuera el explorador más sensual del mundo, despertando a su vez los instintos de ella para que le respondiera.

—Lola… —dijo él contra su boca.

Ella apenas lo oyó, estaba demasiado perdida en las sensaciones que él le estaba provocando.

—Lola —volvió a decir Geraint, pero más urgentemente esta vez.

Lola lo sintió excitarse contra ella y se ruborizó ferozmente cuando se dio cuenta de que ella se había movido instintivamente en respuesta para acomodar su fuente de deseo.

Haciendo un esfuerzo, apartó la boca de la de él y lo miró a los ojos, opacos por la pasión.

—¿Qué? —le preguntó insegura.

Él agitó la cabeza y trató de controlar la respiración.

—Será mejor que entremos dentro, querida.

—¿Dentro?

—Aquí estamos demasiado a la vista. ¿Por qué no buscamos un sitio donde podamos estar... más cómodos?

Esa pregunta hizo que Lola recuperara el sentido de repente.

¡Estaban en medio del jardín!

¡Y era el día que iba el jardinero!

—¡Oh, no! —gritó y echó a correr a la casa.

Fue a cerrar la puerta, pero Geraint fue más rápido. Se metió dentro antes de que se diera cuenta y fue él quien la cerró.—¡Fuera! —gritó ella.

—¡No!

—Geraint, por favor —le suplicó—. Quiero...

—¡Sé lo que quieres! Y, si lo niegas, sabré que estás mintiendo porque lo tienes escrito en tus ojos muy claramente. Y también es lo que yo quiero, Lola. Más que cualquier otra cosa en el mundo en este momento. A ti. Sólo a ti. Te he querido desde la primera vez que te puse la mirada encima, cuando nada más existió en ese salón salvo tú. Te quiero tanto que no puedo pensar correctamente.

Aquello era una admisión de debilidad y vulnerabilidad, y la afectó más que cualquier otra cosa hasta ese momento.

No se podía creer que ella, ella misma, pudiera poner en ese estado a Geraint Howell Williams.

Nerviosamente, se apartó un mechón de cabello de la cara.

—No sé qué decir.

—¿No?

—No. Ya no estoy segura de nada. Geraint, ¿qué sucedería normalmente ahora?

—¿Normalmente? No te entiendo.

—Quiero decir que, si fuera a otra la que le hubieras dicho todo eso, ¿qué haría? ¿Qué hay que hacer en esta clase de situación?

—¿Qué hay que hacer?
—¡Deja de repetir todo lo que te digo!
—Entonces, ¿por qué no dices exactamente lo que quieres decir.
—Tú sabes lo que te quiero decir. ¡Quiero saber qué es lo que hacen tus otras chicas! ¿Se tirarían al suelo aquí, en el salón? ¿Haríais el amor sobre la alfombra? ¿O subiríais a daros una ducha y...
—No hay reglas escritas, Lola. No tengo un libro de texto con el que consultar cada vez que estoy con una chica. Y, con respecto a lo que va a pasar a continuación, ¿qué pensarías si te dijera que no tengo ni idea? ¿Que la situación es de lo más nueva para mí? ¿Que nunca he tenido la costumbre de hacer exhibiciones públicas de deseo?
Ella lo miró, sorprendida, y se dio cuenta de que, en sus ojos había algo muy parecido al dolor.
—Ven aquí —dijo él suavemente extendiendo las manos.
Cuando ella las tomó con toda confianza, los ojos de él se volvieron a oscurecer, no con la pasión de antes, sino por un indescriptible dolor.
¿Querría él confiarle las razones que había detrás de esa mirada?
Pero Geraint tiró de ella y se dirigieron al sofá del salón, donde la hizo sentarse. Lola esperó que él la acompañara, pero no lo hizo y se dirigió a la ventana, donde miró hacia el exterior.
—¿Qué crees que vas a hacer con esta casa? —le preguntó entonces de repente.
Sin pararse a pensar por qué se lo preguntaba, Lola le contó lo que llevaba semanas dándole vueltas.
—Creo que, probablemente, voy a venderla. Él la miró y levantó una ceja, sorprendido. —¿Oh?
—Es demasiado grande para una persona sola, sobre todo llevando la clase de vida que llevo yo.
—Y ¿qué vas a hacer? ¿Buscarte otra más pequeña?
—Mucho más. Y el dinero que me quede lo repartiré entre mi madre y obras de caridad.
—¿Vas a desprenderte del dinero?
—Sí. Creo que a Peter le hubiera gustado que lo hiciera.
—¿De verdad que eres tan buena y dulce, Lola Hennessy? ¿O

eres demasiado buena para ser de verdad?

Ella sonrió entonces ante ese cumplido.

—Vas a tener que averiguarlo por ti mismo, Geraint.

—Sí, supongo que sí.

Luego se volvió de nuevo hacia la ventana y se quedó muy quieto, pensativo.

Lola lo miró sin decir nada, sabía tan poco de ese hombre... Sólo sabía que podía perfectamente imaginarse desnuda en sus brazos, también desnudos.

De repente él se volvió y algo en la expresión de ella debió irritarle o algo porque los ojos le brillaron con un fuego pálido.

—Me voy ahora —dijo él secamente.

Lola se quedó boquiabierta por la sorpresa. Aquello era lo último que se podía imaginar que él fuera a decir.

—¿Que te vas?

—Eso es.

Lola lo miró, extrañada.

—Pero, ¿por qué?

—Porque... Porque no me puedo quedar, Lola. No ahora. No cuando...

Lola se dio cuenta de la tensión que lo embargaba y, de repente le pareció comprender.

Esa partida indicaba alguna clase de respeto hacia ella. Lola se puso en pie cansadamente.

—Por supuesto —dijo secamente.

Sabía que, si él salía de su vida ahora, entonces era posible que nunca más volviera.

Geraint la miró por un largo momento y luego se volvió. El dolor fue tan intenso para Lola como si alguien la hubiera golpeado.

Levantó la mano en silencio, pero ese movimiento no sirvió de nada y él se dirigió decididamente hacia la puerta.

¿Podía dejarlo ir?

De repente se dio cuenta de lo estimulante que encontraba su compañía, incluso cuando la hacía enfadarse.

Se dio cuenta también de que sin él no tendría la pasión que podía experimentar. ¿Y si nunca encontraba al hombre del que se pudiera enamorar? En ese caso nunca experimentaría las alegrías del amor. Y, ¿era algo tan malo experimentarlas? ¿Aunque fuera

sólo una vez? ¿No se suponía que el sexo era un don divino?

—¡Geraint! —exclamó inconscientemente—. ¡Geraint!

Él se detuvo, pero pareció tardar una eternidad en volverse. Y, cuando lo hizo, su rostro era de lo más frío e inexpresivo.

—¿Sí, Lola? ¿Qué pasa?

Lola, nada más mirarlo a los ojos, se percató de una cosa que se le había escapado hasta ese momento. Estúpidamente, ridículamente, se había enamorado de Geraint Howell Williams.

—No te vayas, Geraint —susurró—. No quiero que te vayas.

El rostro de él se endureció más todavía, como si estuviera esperando a que ella cambiara de opinión.

Pero ella no tenía la menor intención de hacerlo y, aunque esa fuera la cosa más loca que hubiera hecho en toda su vida, parecía incapaz de detenerse.

Lola —dijo él tranquilamente.

—¡Y ni siquiera sé nada de ti! —gimió ella como si eso tuviera importancia.

Los ojos de él se suavizaron un poco.

—¿Qué quieres saber?

—¡Todo!

—¿Qué es todo? —se rió él por fin.

—Oh, ya sabes. Lo que te gusta hacer...

Entonces se ruborizó al ver su mirada.

—Shhh.

Geraint se acercó y le soltó el broche que le sujetaba el cabello, dejándose lo caer por el rostro.

—Te lo diré todo... Cualquier cosa. Pero no ahora. No cuando estoy anonadado por tu belleza y me muero de ganas de tenerte entre mis brazos una vez más, mi dulce Lola.

Fue la combinación entre las cosas que él le estaba diciendo y la forma apasionada en que lo hacía lo que hizo que Lola se despojara de toda cautela.

Lo necesitaba ahora, más de lo que nunca antes en su vida había necesitado algo. Y las explicaciones e historias podían esperar.

Se acercó a él y Geraint la abrazó fuertemente.

—Oh, Geraint —suspiró sin saber ni importarle si aquella era una decisión de la que podía arrepentirse durante el resto de su vida—. Hagamos el amor.

Capítulo 6

G ERAINT hizo que Lola levantara la cabeza y la miró a los ojos fijamente. —¡Cielos, sí, Lola! —dijo y, sin más, la tomó en sus brazos.

A Lola, en toda su vida de adulta, nunca la habían levantado así y, a la vez que se sentía halagada, también se preocupó de que él pudiera hacerse daño. ¡Y precisamente en ese momento!

—¡Bájame, Geraint!

—¿Por qué? ¿Es que no te gusta que te lleven en brazos?

"la suspiró.

—¡Oh, sí! ¡Me encanta! Me hace sentirme como Scarlett O1—laral

—Bueno, pues entonces relájate y disfruta. —Pero yo peso demasiado para que me subas así por las escaleras.

—Deja que yo sea el que juzgue eso y, de todas formas, ¿cómo sabes que te voy a subir arriba? Ella abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir que no lo vas a hacer?

—Quiero decir que había pensado que te gustaría que lo hiciéramos en el pasillo. Por lo menos esa es la impresión que me dio hace poco.

Lola se ruborizó.

—Yo no... Quiero decir...

Pero le falló la voz. Hacer el amor era algo desconocido para ella y lo único que quería era el relativo santuario y comodidad de una gran cama. Seguramente, la clase de gimnasia sexual que él debía tener en mente sería algo inapropiado para una novata como ella.

Él la besó levemente en la frente.

—Sólo estaba bromeando, Lola. Pero comprendo que tengas algunas reservas a hacerlo aquí. ¿Quieres que te lleve a mi casa? ¿Preferirías eso?

Lola se estremeció. ¡De eso nada! ¡Se podía imaginar perfectamente las hordas de chicas guapas que debían haber pasado por allí!

Y, cuanto más tiempo pasaban hablando fríamente de aquello, más consciente se hacía de toda la situación. Apretó la cabeza contra el hombro de él y deseó estar a cientos de kilómetros de allí.

Tal vez Geraint se dio cuenta de su súbita timidez, ya que la volvió a besar en los labios.

—Vámonos a la cama —le dijo.

Sus palabras y el beso hicieron que Lola se sintiera tan mareada de deseo que ya estaban a medio camino de las escaleras antes de que se diera cuenta.

Una de sus manos se coló por debajo del jersey de seda de él y cerró *los ojos* extasiada ante ese primer contacto con la piel desnuda de él. Luego, instintivamente, sus dedos se dedicaron a acariciarle uno de los pezones.

—Mmm —murmuró él.

Lo miró a la cara y allí vio una serie de emociones mezcladas, placer, deseo y, lo más curioso, una mirada como de arrepentimiento de nuevo. Cerró *los ojos* y no los volvió a abrir hasta que él la dejó le espaldas en la cama. Geraint se tumbó a su lado y se apoyó en un codo.

Estaban en la habitación de invitados y, momenáneamente, Lola se sintió desorientada.

—¡Pero este no es mi dormitorio! —exclamó sor)rendida.

—No —respondió Geraint tranquilamente mienras le acariciaba el cabello—. No lo es. Eres preÍosa.

—¡No! No tienes que decirme eso sólo porque :stamos...

—Es que lo eres.

Cuando le repitió eso, la miró de una forma tan nsa que Lola hasta se lo creyó. —Y sigues llevando el uniforme. .ola se estiró indolentemente y abrió mucho los

cuando respondió:

Mmmm. Ya lo sé.

¿No te resulta un poco caluroso e incómodo? Bueno, sí. Es curioso que lo digas. Lo es —dijo con la boca casi seca.

Los dedos de él empezaron a desabrocharle los botones de la camisa mientras la miraba a los ojos.

—Creo que deberíamos quitártelo —murmuró—. ¿No crees?

Incluso si ella hubiera querido decir que no, que no era el caso, Lola pensó que hubiera sido incapaz de hacerlo, estando él mirándola de esa manera.

—Oh, sí —susurró—. ¡Sí, por favor!

El se rió, encantado.

—Oh, dulce Lola. Llevo soñando con este momento desde la primera vez que te vi. Soñaba con ese lujurioso cuerpo tuyo desnudo y en mis brazos.

Eso estaba muy cerca de sus propias fantasías, tanto que se estremeció excitada, preguntándose cómo un hombre con una mirada de tanta pasión en su rostro podía tener tanto control de sí mismo como para tardar tanto en quitarle la camisa.

Lo cierto era que estaba disfrutando de sus provocativos movimientos. La verdad era que, a cada segundo que pasaba, estaba más excitada. ¡Pero quería que le quitara esa maldita cosa! ¡Deprisa!

—Ya está —dijo él cuando le soltó el segundo botón—. ¿Qué tal?

Ella abrió mucho los ojos, consciente del leve rubor de excitación sexual y encontró insoportablemente íntima la forma en que él la estaba mirando.

Los volvió a cerrar inmediatamente. Si mantenía los ojos cerrados, entonces su inexperiencia seguiría en secreto hasta el último momento. Y, para entonces, ya sería demasiado tarde como para que él se detuviera. Lola había leído bastantes libros de comportamiento sexual como para haber sabido del punto de no retorno.

Porque, a pesar de lo poco que sabía de Geraint, sospechaba que, debajo de esa imagen ruda, había un hombre honorable.

¡Y los hombres honorables no se acostaban con vírgenes! No, a no ser que sus intenciones fueran serias. Y Lola no iba a caer en la trampa de creerse eso.

—¡Oh! —exclamó cuando el tercer botón se abrió. Y luego el cuarto y el quinto. Sintió el contacto del aire contra la ardiente piel de los senos y ansió que él le quitara el sujetador.

—¿Oh, qué?

Ella agitó la cabeza.

—Dime.

—Me gusta. Mucho.

—¿Sí? ¿Y esto? ¿Te gusta también?

Entonces le rozó con los dedos el sujetador, donde los pezones se notaban endurecidos a través de la fina tela y ese contacto le produjo un ansia insoportable en lo más profundo de su ser.

Sintió la humedad del deseo y la garganta se le secó.

—Sí —dijo él tranquilamente—. Ya veo que te gusta. Creo que te va a gustar todo lo que pretendo hacerte, Lola. ¿Y tú?

—Mmm.

Lola empezó a moverse agitadamente mientras él le quitaba la camisa y la dejaba en el suelo. Luego empezó con la falda.

Cuando ambas prendas estaban en el suelo, Geraint vio que ella sólo llevaba el sujetador color crema, unas braguitas azul marino y el liguero negro a juego con las medias. Entonces ella se preguntó por qué no se habría puesto la ropa interior a juego esa mañana.

El se quedó quieto por un momento, y en silencio. Lola abrió un poco los ojos y le encantó ver la cara de pasmo que tenía Geraint mientras la miraba.

Entonces juntó las piernas y dobló las rodillas para protegerse el vientre y él frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Mi ropa interior no está a juego.

—Ya me he dado cuenta —respondió él, sonriendo—. Y me alegro.

—¿Te alegras?

—Me gusta que no esté a juego. Si llevaras puesta la más cara que tuvieras, parecería como si hubieras planeado esto. ¡Y no quisiera que llevaras una ropa interior que te hubiera comprado otro hombre!

—¡Geraint! —exclamó ella, horrorizada—. ¡Ningún hombre...!

Pero él ya la había tomado en sus brazos y la estaba besando apasionadamente, lo que le quitó de la cabeza cualquier pensamiento racional y, de repente, nada en el mundo importó más que el que Geraint la estuviera besando.

Y cuando él la hubo besado de una manera tan profunda en la boca que Lola estuvo segura de que los labios le iban a quedar marcados, él buscó otros destinos. El cuello, las mejillas, los párpados, detrás de las orejas.

—Muy bien, Lola, respondés muy bien —dijo él, encantado.

Lola se sentía como si acabara de aterrizar en el paraíso. Pero sabía que no podía limitarse a tomar y sólo tomar de Geraint sin darle nada a cambio a él. Hacer el amor era algo que tenían que llevar a cabo los dos; el que tuviera poca experiencia con los

hombres no significaba que tuviera poca imaginación ni que hubiera leído poco del asunto. Sabía lo que tenía que hacer para que Geraint gimiera de placer.

Le metió las manos por debajo del jersey de seda y le acarició el velludo pecho hasta que encontró los pezones y se los atrapó con las uñas.

Notó como el cuerpo de él se tensaba de placer.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Me encanta, querida. Pero ahora estoy tan alterado que, aunque me diera una ducha fría, no dejaría de hacer el amor contigo toda la noche. Que, de paso, es lo que pretendo hacer.

—Oh.

—Lola, estás volviendo a ruborizarte. —Sí. ¿Te molesta?

Pero era sólo por el hecho de oírlo hablar tan abiertamente de sus deseos y reacciones. Su madre siempre le había dicho que no se hablaba de esas cosas, lo que había hecho que Lola nunca hiciera preguntas acerca del sexo. Por consiguiente, todo lo que ella había aprendido acerca de hacer niños lo había descubierto por las amigas y los libros.

—¿Molestarme? —murmuró él—. Entonces, ¿para que te necesito, Lola? ¿Tal vez para esto?

Entonces le desabrochó el sujetador con tanta facilidad que hizo que ella se preguntara cuántas veces lo habría hecho anteriormente.

Pero no se lo preguntó por mucho tiempo, ya que inmediatamente el sujetador estuvo en el suelo con el resto de la ropa y Geraint la estaba mirando extasiado para luego dedicarse a lamerle por turnos cada uno de los pezones.

—Para mí era lo más duro del mundo verte en el avión inclinándote con esa faldita —murmuró él—. Deseaba tanto quitártela que me temblaban las manos.

Sus palabras sólo sirvieron para aumentar la sensación que estaba produciéndole con las manos y Lola se curvó en la cama, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡Geraint! —gimió—. ¡Por favor, no!

Él levantó la cabeza y la miró sin dejar de chupar y lamer. Lola encontró eso increíblemente erótico.

—¿Te refieres a esto? ¿Quieres que pare?

Como respuesta, ella le agarró la cabeza, obli

gándolo a seguir con lo que estaba haciendo. —¡No! ¡No quiero!

—Muy bien —murmuró él.

Geraint siguió entonces martirizándola con la lengua y Lola decidió fieramente a hacer que el cuerpo de él sintiera lo más parecido a aquello.

O mejor, lo que realmente quería era decirle que lo adoraba, que ya le importaba más de lo que nunca le había importado cualquier otro hombre y no tenía ni idea de por qué. Que a un nivel instintivo sabía que él era su hombre, que ahora estaba casi convencida de que estaba enamorada de él y que, no sólo quería darle su virginidad, sino mucho más que eso. El pensamiento de rendir su inocencia a Geraint Howell Williams la llenaba de un fiero y primitivo orgullo.

Pero por supuesto, no podía decirle nada de eso. ¡Si lo hacía estaba segura de que saldría corriendo! Y lo último que quería en ese momento era que Geraint se marchara. ¡Sobre todo ahora!

En vez de eso, le recorrió la espalda con las uñas, suavemente. Aunque quería hacerle sangre para saborearla.

—¿Quitamos algo más ahora? —murmuró él.

Ahora él tenía las manos provocativamente sobre lo alto de sus caderas, con los dedos metidos por debajo de las braguitas.

—¡Sí!

—¿Qué te parece esto? Parecen un poco superfluas ahora ¿no?

Entonces empezó a deslizárselas hacia abajo y Lola contuvo la respiración mientras él, deliberadamente, no la tocaba allí donde ella ansiaba que lo hiciera.

Bueno, a ese juego podían jugar dos.

Le soltó el cinturón y sintió todo el poder de él apretándose contra los pantalones. Debía soltarlo. Tocarlo. Besarlo. Frotarlo...

Pero no pudo.

Nunca antes había tocado allí a un hombre.

Cerró los ojos. Tal vez debiera detenerse ahora, antes... antes de que...

Pero si dejaba que él continuara un poco más, tal vez no fuera él sólo el que no se podría detener. Y tampoco estaba muy segura de tener la suficiente fuerza de voluntad como para decirle que se detuviera.

—Oh, Geraint... —gimió.

—¿Sigue gustándote lo que te estoy haciendo?

Ella tragó saliva.

—Sabes que sí.

Entonces separó los muslos instintivamente.

Lo oyó murmurar algo y, finalmente, le quitó del todo la ropa interior. Luego le abarcó el rostro entre las manos, mirándola a los ojos mientras le decía:

—¿Quieres parar? Lo digo en serio, querida.

Lola le devolvió la mirada. Se dio cuenta de que la voz le había salido tan seca porque se estaba conteniendo. En un momento en que la mayoría de los hombres hubieran tratado de apartar sus posibles dudas con sus besos, Geraint estaba mostrando un evidente grado de contención ofreciéndole parar.

Ella agitó la cabeza.

—Por supuesto que no. Quiero que hagas lo que dijiste que íbamos a hacer.

—Y ¿qué es eso?

—Hacer el amor toda la noche.

—¿Dije yo eso? Bueno, en ese caso...

Entonces empezó a quitarse el jersey y luego los vaqueros. Para cuando estuvo tan desnudo como Lola y ella se permitió tocar hasta el último centímetro de él, estaba tan loca de deseo por él que trató de tomar la iniciativa.

Geraint sonrió lleno de placer, la tumbó de espaldas y penetró en ella con un poder, una fuerza y un leve dolor que hizo que casi se desmayara. Entonces se quedó muy quieto, su rostro reflejó una especie de oscuro horror y dijo con una voz extraña:

—¡No! ¡Oh, no! ¡Cielo santo! Tú eres nueva en todo esto, ¿verdad?

Ella no dijo nada y asintió. Luego levantó la cara y lo miró desafiante, mientras al mismo tiempo empujaba con el vientre, experimentalmente la primera vez.

Oyó como él tomaba aire, vio la indecisión en sus facciones, y entonces volvió a empujar, y otra vez. Y, cada vez que lo hacía, él la llenaba más completamente, hasta que Lola sintió como si le llegara al mismo corazón.

Vio como la mirada de él se oscurecía cuando empezó también a empujar, muy lentamente al principio, hasta que pareció no poder

seguir ejerciendo ese férreo control sobre sí mismo. Luego sus movimientos se hicieron más rápidos, llenos de una especie de desesperación que, de tan excitante, era casi insoportable. Y tomó a "la con él, llevándola por un sendero deliciosamente tempestuoso fuera de toda descripción.

Cuando llegó el placer, llenó el cuerpo de Lola con sucesivas oleadas que pronto se transformaron en un aura de felicidad cuando oyó a Geraint gemir extrañamente y se estremeció de pasión en sus brazos.

Alguien la había tapado con un edredón. Estaba a punto de dormirse de nuevo cuando recordó las circunstancias que la habían llevado a estar tumbada completamente desnuda en la cama de la habitación de invitados en medio del día.

Contuvo un gemido y abrió los párpados. Vio a Geraint tumbado de espaldas a su lado. Sus facciones eran ilegibles, aunque le brillaba el rostro como con un aura y los ojos los tenía brillantes y vivos. Y entonces supo qué era lo que había causado eso...

Volvió a cerrar los ojos.

—No me voy a ir, Lola —le dijo él mirándola entonces—. Especialmente ahora.

Ella entreabrió de nuevo los párpados y lo miró. —No es necesario que te sientas culpable...

—No me estoy sintiendo culpable —dijo él, con una cierta nota de irritación en la voz—. Aunque he de admitir que me siento un poco confuso. —¿Confuso?

—Sí. Y espero que no insultes mi inteligencia, ni la tuya, aparentando ignorancia por la causa de este estado de confusión mío.

Lola suspiró. Había esperado que él se olvidara del tema, que lo dejara pasar. Pero no iba a ser así.

—¿Te refieres a mi virginidad? —le preguntó tratando de parecer más llena de confianza de lo que realmente estaba.

—A eso mismo.

—¿Estás muy enfadado?

—¿Por haber sido el primer hombre para ti?

—Sí —respondió ella en voz baja, odiando la forma indiferente en que él le había hecho la pregunta.

Lo hacía parecer como si él fuera a ser el primero de una larga

lista de muchos. ¡Y ella no quería que lo fuera!

Se daba cuenta de que, lo que quería era que Geraint fuera su único amante. Y la posibilidad de que eso sucediera era de lo más remota.

—No, no estoy enfadado —dijo él—. ¿Qué hombre en su sano juicio podría estarlo porque le dieran algo tan precioso?

Entonces se inclinó y le dio un beso en la punta de la nariz, pero Lola se dio cuenta de la tristeza que había en ese gesto.

—Aunque estoy un poco exasperado porque no me lo dijeras hasta que ya era demasiado tarde —añadió frunciendo el ceño—. ¿Por qué no, Lola? ¿Por qué me lo mantuviste en secreto?

—Tal vez porque quería demostrarte de una vez por todas que no he estado relacionada sexualmente con un hombre que me sacaba casi cuarenta años —dijo ella.

Él levantó las cejas, incrédulamente.

—¿No es una forma muy extrema de demostrarlo?

Ella no lo pudo mirar a los ojos.

—Supongo.

—Y, ¿por qué yo?

¿Debía decirle la verdad a las claras? Por supuesto no que se había enamorado sin esperanza de él sino algo socialmente más aceptable.

Respiró profundamente y le dijo:

—Tal vez tuve miedo de que pudieras cambiar de opinión y parar si supieras que era virgen —le confesó—. ¿No se supone que la virtud es una gran responsabilidad para los hombres?

Él asintió.

—Sí.

Eso fue lo único que dijo Geraint, pero la mirada
que la dedicó fue de lo más pensativa.

Lola reunió todo su valor para preguntarle: —¿Y bien? ¿Qué habrías hecho?

—¿Te refieres a si habría jugado a hacerme el honorable y habría parado?

Geraint se encogió de hombros y con ese movimiento se destapó el torso. Ella lo miró con tanta ansia que él se lo notó y se rió.

—Ten paciencia, Lola —dijo y la tomó en sus brazos.

Luego añadió:

—Con respecto a si habría parado o no, me gusta pensar que sí, lo habría hecho. Pero si he de serte completamente sincero, sospecho que nada en el mundo podría haberme detenido una vez que hubiéramos empezado.

—Me alegra saberlo —dijo él pasándole un dedo por el pecho hasta que le llegó al ombligo.

Lo oyó tragar saliva y luego le tomó la mano y se la sujetó firmemente.

—Todavía no —le dijo él sonriendo.

Esa sonrisa derritió hasta la última de las inhibiciones de Lola.

Se sentó en la cama, encantada de ver como los ojos de él se posaban en sus pezones.

Como si no lo pudiera evitar, le abarcó un seno con una mano mientras con un dedo le acariciaba el pezón.

—Más tarde te comeré, dulce Lola —dijo pasándose la lengua por los labios lentamente, como ilustrando la promesa.

Lola tragó saliva al ver la expresión de sus ojos. La excitación la devoró por completo y el deseo cobró vida de nuevo en su interior.

—¿Por qué esperar? ¿Por qué no ahora?

Por una fracción de segundo, él pareció tan sobrepasado como se sentía ella. Entonces inclinó la cabeza, tomó el pezón con la boca tan suavemente como le había prometido y con la mano que le quedaba libre, empezó a acariciarle el vientre y más abajo, hasta que llegó a los sedosos rizos entre sus muslos.

Lola tragó saliva de nuevo y se dejó caer hacia atrás. Geraint se puso encima de ella y no fue una sorpresa descubrir que él también estaba excitado.

Increíblemente excitado.

Ella levantó las caderas impacientemente, ansiando de nuevo ese descubrimiento que había hecho del sexo, pero más que nada, ansiando que Geraint la poseyera, porque así se había sentido más completa que nunca antes.

—¡Oh, querida! —le susurró él al oído y la penetró con semejante pasión que Lola abrió los ojos como platos por el placer y pensar le resultó imposible y lo único que pudo hacer fue sentir.

Capítulo 7

CUANDO Lola se despertó, Geraint no estaba. Miró por la habitación, sintiéndose abandonada, hasta que vio parte de las ropas de él por el suelo, lo que significaba que no estaba lejos.

Ahuecó las almohadas y se apoyó contra ellas. Luego se quedó pensativa mirando hacia la oscuridad que se veía por la ventana, preguntándose si hacer el amor no paraba de ser cada vez mejor.

Y, si ese era el caso, ¿cómo era que la gente podía soportar el placer? ¿Cómo podían seguir con sus vidas normales cuando sabían que les estaba esperando aquello?

Oyó a lo lejos el ruido de la vajilla y unos pasos acercándose. Luego Geraint apareció en la puerta llevando una bandeja llena. Llevaba sólo unos pantalones vaqueros a los que no había abrochado el botón superior.

Lola tragó saliva. Con su moreno cabello todo alborotado por sus manos y el leve vello que cubría su piel morena, estaba absolutamente hermoso.

En la cama había sido un amante de lo más completo, apasionado, considerado, imaginativo... Un poco salvaje. Lola tembló. Hasta había sido divertido. Lo amaba, era imposible no hacerlo. Habría alguna posibilidad de que Geraint la amara a ella también?

—Hola —dijo él suavemente.

—Hola. Pareces un cantante de rock así vestido.

—Y tú pareces una ninfa desnuda.

—¿Sí? —le preguntó ella sonriendo mientras Geraint se acercaba.

Lo miró ansiosa por tenerlo de nuevo en sus brazos, desnudo.

—¿Es qué no vas a volver a la cama?

—No ahora mismo —respondió él poniéndose tenso, como si hubiera dicho algo obsceno.

Lola frunció el ceño. No sabía cuáles eran las reglas de comportamiento después de hacer el amor, y mucho menos las que podía haber entre dos personas que no se conocían demasiado bien.

Se obligó a mirar a la bandeja que él había dejado cerca de la ventana.

—¿Qué has traído?

—Té. Vino. Sándwiches. Y un poco de pollo frío y ensalada que encontré en el frigorífico.

—Y ¿qué va a ser, el té o la cena?

—Las dos cosas. Nos las hemos saltado ambas.

Lola abrió mucho los ojos.

—¡Cielo santo! ¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—¿Quieres decir que hemos estado...?

—Sí, Lola. Hemos estado en la cama casi cuatro horas. ¿No tienes hambre?

Ella lo miró sintiéndose mal.

—La tendré... si vuelves a la cama. Me siento muy sola aquí.

El no respondió inmediatamente, pero se dirigió de repente hacia la ventana y se quedó mirando al exterior.

—¿Por qué no comemos algo antes? —dijo.

Si no la hubiera mirado entonces con una expresión tan seria, Lola habría bromeado sobre la última cena de un condenado, pero así era exactamente el ambiente que había entre ellos ahora. Así que no se atrevió a hacerlo.

Estaba asustada por esa fría y distante expresión y por la distancia física que él estaba poniendo entre los dos.

Pero sabía que se lo tenía que tomar como una mujer. Si Geraint se estaba arrepintiendo ahora de que hubieran hecho el amor, entonces no podía decir ni hacer nada que pudiera hacerlo cambiar de opinión.

Si, por cualquier razón, él había decidido que ella no era la clase de persona con la que le gustaría tener una relación, entonces tendría que aceptarlo, y con una cierta gracia. Así cuando la recordara, si lo hacía, recordaría su dignidad y tranquilidad y no sólo la forma en que lo había invitado a hacer el amor locamente con ella.

Se mordió el labio inferior nerviosamente y se preguntó cómo habría tenido el valor de pedirle aquello.

—¿Qué te gustaría? —le preguntó él tan educadamente como si se acabaran de conocer.

Lola contuvo su deseo de ponerse a gritar y le dijo muy tranquilamente:

—¿Podrías darme uno de esos sándwiches, por favor?

—Marchando.

Luego Geraint puso los sándwiches en dos platos de porcelana muy bonitos que ella no había visto nunca antes.

—¿Dónde has encontrado los platos? ¿O has ido a tu casa a por ellos?

Él soltó el plato como si quemara.

—No, no he ido allí a por ellos. Estaban aquí. En la alacena de la porcelana.

—¿La alacena de la porcelana? ¿Aquí?

—Al fondo del corredor de abajo, ¿sabes? Hay una puerta al final...

Ella conocía la parte de la casa a la que se estaba refiriendo él. El sótano, que se podía utilizar para hacer una película de miedo. Había estado allí una vez, y muy brevemente. Era un sitio oscuro y húmedo.

—Yo no la he usado nunca. ¿Cómo es que sabes más de mi casa que yo misma? —le preguntó medio en broma.

Él permaneció en un silencio incómodo y tenso.

—Hay algo que no me has contado, ¿no Geraint?

Lola dejó su plato en la mesilla de noche y lo miró.

—Sí, lo hay. Y ya es hora de que lo sepas.

—No, Geraint —dijo ella atemorizada por su expresión—. Todavía no.

Pero La expresión de él le indicó que tenía que contárselo, así que se armó de valor y añadió:

—¿Es algo que me puedas contar con una sola frase?

Él agitó la cabeza.

—No.

—Entonces preferiría vestirme un poco antes. —Sí, por supuesto. Toma.

Él le dio su ropa que había estado en el suelo, pero Lola quería algo limpio, que no le recordara esas últimas cuatro horas.

—Me refería a mis vaqueros. Y debería ducharme. —¡No!

—¿No?

Lola levantó los ojos y lo miró fríamente.

—¡Ya sé que acabo de estar en la cama contigo,

Geraint, pero todavía no soy tu esclava! —¡No seas estúpida!

—¡Entonces no seas tú tan caballeroso! ¡decirme que no me puedo duchar! ¡Y en mi propia casa! Espera aquí. Enseguida vuelvo.

—¿Cuánto vas a tardar?

—Lo que sea.

Luego Lola se levantó y se fue a duchar. Lo hizo todo lo rápidamente que pudo. Luego se puso unos vaqueros y una sudadera y se recogió el cabello. Todo rápidamente, ya que no podía esperar a ver qué revelaciones tenía que hacerle él.

Cuando volvió al dormitorio, Geraint estaba donde lo había dejado. Entonces le hizo la pregunta que no había dejado de pensar mientras se duchaba. —¿Estás tratando de decirme que estás casado, Geraint?

—¿Casado? —dijo él, sorprendido—. No, no lo estoy.

Luego se acercó a la bandeja, sirvió dos tazas de té y le ofreció una a ella.

Lola agitó la cabeza. —Gracias, no quiero.

—Creo que te lo deberías tomar. A Lola le brillaron los ojos. —Ya te he dicho que no quiero.

Él la miró a los ojos por un momento y luego dejó la taza en la bandeja de nuevo.

—¿Cómo lo sabes todo sobre esta casa? —le preguntó ella—. Las pinturas, el jarrón y ahora la alacena de la porcelana. ¿Conocías a Peter Featherstone? —Lo conocía. Y me encontré con él en varias ocasiones.

—¿Y?

—Era el amante de mi hermana.

Confundida, Lola buscó en su mente el nombre que él le había mencionado en el restaurante de Roma. La mujer a la que Geraint estaba claro que adoraba y que lo había cuidado cuando sus padres murieron. La que se había sacrificado para ayudarlo a él. —¿Catrin?

Él levantó las cejas, sorprendido.

—Eso es. Catrin tuvo una relación con Peter durante casi quince años.

¿Quince años?

—¿Qué clase de relación?

—¿Tú que crees? Supongo que como todas las demás. Ella es una mujer de negocios de éxito y viaja mucho, lo mismo que hacía Peter. Tiene un piso en Londres... que le compró Peter.

—Pero quería más, ¿no?

Él apretó los labios.

—¿Por qué no debería querer más? Esta casa era la mayor parte de la herencia de él. ¡Habían compartido una vida juntos durante casi quince años!

—Y ¿por qué no se casaron?

—Peter no quería. No había ninguna razón para hacerlo o, por lo menos, no le dio ninguna a Catrin. Decía que eran muy felices como estaban así que, ¿para qué cambiar? Eso solía decirle. Si algo no está roto, ¿para qué arreglarlo?

—¿Ella lo amaba?

—Mucho —respondió él de mala gana. —¿Y él a ella?

—Eso era lo que ella pensaba. De hecho, estaba segura de ello.

—Entonces, ¿por qué me dejó a mí la casa? —Eso es —dijo él casi sin separar los labios.

Lola lo miró fijamente. ¿Quién se creía él que era, dando por sentado que aquello era culpa suya?

—Creo que tienes que explicarme algunas cosas, Geraint.

—¿Como cuáles?

—Estás viviendo aquí al lado y eso no es una mera coincidencia, ¿verdad?

Él le mantuvo la mirada.

—No. Dominic es mi amigo más antiguo. Nos vemos tan a menudo como nos lo permiten nuestras agendas. Él raramente usa esa casa y, cuando le expliqué la situación...

—¿Cómo se la explicaste? —le cortó ella brutalmente.

Geraint ni parpadeó.

—Yo no miento, si es eso lo que estás indicando. Le dije que estaba interesado en conocer a la chica que le había quitado a mi hermana lo que ella creía que era suyo por derecho.

—Y él estuvo de acuerdo con lo que la mayor parte de los hombres podrían considerar como una petición de lo más extravagante, ¿no?

—No Dominic. No lo consideró extravagante en absoluto. ¿Por qué iba a hacerlo? Él comprendió mi preocupación.

—Y, cuando nos vimos por primera vez en el club de tenis, ¿también eso estuvo programado?

Rogó en silencio que le dijera que no.

Por primera vez él pareció incómodo, pero siguió manteniéndole la mirada.

—Sí, fui allí con la intención de conocerte.

Lola tomó su taza y bebió un trago de té para no abalanzarse sobre él y hacer algo de lo que más tarde se pudiera arrepentir.

—Así que todo eso que me dijiste de cuando nos

miramos y todo lo demás, algo tan poético ¿era una invención? ¿Sabes que eres muy buen actor, Geraint?

—¡No, Lola! —exclamó él casi fuera de control—. Fui a esa fiesta con intención de conocerte, sí, pero...

—Pero, ¿qué? ¿Qué tenías en mente? ¿Venganza? ¿El deseo de vengar a tu hermana a la que considerabas injustamente desposeída de su herencia?

—Al principio, sí —admitió él—. A pesar de que no lo había pensado mucho. Catrin estaba muy afectada por la muerte de Peter y yo estaba enfadado. Era demasiado fácil colocarte a ti en la categoría de la jovencita manipuladora y seductora que había convencido a Peter para que te dejara su casa. Pero luego te conocí...

—¡Oh, por favor! Ahórrame lo meloso, Geraint.

—¡Realmente no estoy de humor como para tragármelo ahora! —dijo ella girando la cabeza.

—Lola, por favor, escúchame...

Ella lo volvió a mirar con el rostro lleno de ira y vergüenza.

—¡No, no te voy a escuchar! Ya he oído bastante y tengo ganas de vomitar. La verdad es que creo que ahora me vas a escuchar a mí. ¡Puedes decirme lo que quieras sobre lo de no haberlo pensado mucho, pero no te creo! ¡Esa noche entraste en el club de tenis, me miraste y decidiste que utilizar tus encantos era una buena manera de atontarme! Lo hiciste sabiendo que eres un hombre extraordinariamente atractivo que, seguramente, nunca has tenido que tomarte muchas molestias para que las chicas se te echen encima. ¡Sobre todo, las chicas como yo, sin mucha experiencia con los hombres y, mucho menos, con gente como tú. Bueno... nunca tuve la menor oportunidad, ¿verdad?

—Lola, no fue así...

—¡Sí que lo fue! —gritó ella—. ¡Sabes muy bien que lo fue! ¡Admítelo Geraint! ¡Por lo menos se lo suficientemente hombre

como para admitirlo!

Entonces se produjo el silencio entre ellos; un silencio espeso y airado. Por fin él habló.

—Puede que, al principio, lo que tuviera en mente fuera la venganza. Admito que encontraba la idea muy gratif¡cante. Pero eso no fue más que una forma temporal de locura. Muy temporal. Y te puedo asegurar que, una vez que te vi…

—¡Por favor! ¡No me insultes ahora diciéndome que te quedaste anonadado por mi belleza! Aunque debiste sentirte agradecido que no me pareciera por lo menos a la parte trasera de un autobús. ¿Cómo podrías haberte acostado conmigo si fuera ese el caso, eh Geraint? ¿Qué hubieras hecho entonces? ¿Insistir en que la seducción debía seguir adelante, como habías planeado? ¿O cerrar los ojos y decirte a ti mismo que la venganza es dulce?

—¡No seas tan desagradable!

—¡Seré lo que quiera! —respondió ella acaloradamente.

—¿Estás diciéndome que crees que la venganza ha sido la única razón por la que me he acostado contigo? —le preguntó él con una voz baja y peligrosa.

—¿Qué otra cosa puedo pensar? Debería imaginarme que, para un hombre con tu experiencia eso no sería nada más que otra marca en tu cama, ¿no? Y, por supuesto, estabas trabajando con la teoría de que yo estaba desesperadamente enamorada de ti. Eso haría, supongo, el castigo más agradable para ti. Si tratabas de hacerle daño a alguien, de acostarte con alguien para castigarlo, ¿qué mejor que una virgen?

El se puso muy pálido y los ojos le echaron chispas cuando la miró amargamente.

—Según recuerdo —dijo Geraint—. Fui yo el que se quiso ir y tú la que me suplicó que me quedara.

¿Cómo se atrevía a quedarse allí, mirándola como si hubiera sido él quien hubiera hecho el tonto por completo?

—¡Sí, y tonta de mí! —exclamó ella y, de repente, se le ocurrió una forma de vengarse—. ¿Y si me quedo embarazada?

Él sonrió cruelmente.

—¿Recuerdas que no hemos practicado el sexo sin protección?

Lola se ruborizó sin quererlo en absoluto.

Sí que lo podía recordar. Geraint se había puesto un

preservativo. Pero con todo lo que estaba pasando, el gesto casi le había pasado desapercibido.

—Es cierto, no hemos practicado el sexo sin protección. Pero el método que hemos utilizado no es el cien por cien efectivo, ¿verdad? ¡Por lo menos, creo que la abstinencia es lo único seguro en ese aspecto!

Geraint se puso más pálido todavía.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Te estoy diciendo que estoy justo en medio de mi ciclo! —mintió ella como una bellaca—. ¡Te estoy diciendo que, aunque es una posibilidad muy pequeña, puedo quedarme embarazada! Y ¿qué precio tendrá entonces tu pequeña venganza entonces, Geraint?

Se produjo una pausa y, cuando él volvió a hablar, sus facciones habían vuelto casi a la normalidad, a pesar del brillo helado de sus ojos.

—Podemos seguir aquí, insultándonos todo el resto de la noche. Pero me parece que no tiene ningún sentido. Y, ciertamente, tampoco lo tiene que yo me quede.

Entonces se levantó y, a pesar de lo sola que se sintió inmediatamente, Lola se las arregló para decirle con indiferencia:

—No, no tiene ningún sentido en absoluto.

—Tal vez te dignes informarme si hay alguna... repercusión de esto que hemos hecho ¿no? Si es cierto que te has quedado embarazada y, por supuesto, asumiré mis responsabilidades.

Luego se dio la vuelta, recogió rápidamente la ropa que tenía por el suelo y salió de la habitación.

Lola lo oyó bajar las escaleras pero no oyó el ruido de la puerta ni nada más, porque se lo impidieron los sollozos.

Capítulo 8

A LA MAÑANA siguiente a eso de las diez, Lola se despertó con los ojos abotargados y un dolor obtuso en donde solía tener el corazón.

Y ahora, ¿qué?

Se duchó y vistió antes de bajar a desayunar a la cocina con la vana esperanza de que un café la animara en momentos como ése cuando deseaba tener un trabajo normal, con horarios normales para que, por lo menos durante ocho horas al día se pudiera evadir de todo trabajando y así olvidarse de Geraint. Pero ahora le resultaba de lo más difícil olvidarse de él.

Lo que era sorprendente.

¿Cómo podía seguir pensando en un hombre que la había seducido tan fríamente? ¿Un hombre que le había quitado la virginidad sin inmutarse, motivado por una emoción tan ruda como la venganza?

Era un hombre al que iba a tener que aprender a odiar, a borrarlo sin piedad de su mente y su cabeza.

Sonó el timbre de la puerta y, antes de abrir, Lola pensó que era mejor echarse un vistazo a un espejo.

Estaba espantosa.

Los ojos rojos la hacían parecer recién salida de una película de Drácula, lo mismo que la pálida piel, habitualmente cremosa. Lo que más le fastidiaba era que, si se trataba de Geraint, iba a saber enseguida que el causante de ese aspecto fantasmagórico era él. Bueno, tal vez así se sintiera un poco culpable.

Abrió la puerta de la calle, pero no era Geraint quien había llamado, sino Triss Alexander con su hijo durmiente en brazos.

—Hola —dijo la chica y la miró con sus enormes ojos—. ¿Cómo estás?

No tenía ningún sentido negar lo mal que se sentía.

—¡Horriblemente! Siento haberte preguntado por tu pareja ayer. Debió parecerte de lo menos educado.

Triss agitó la cabeza.

—La verdad, no tiene importancia. Es una pregunta completamente natural, pero es que estoy de lo más susceptible con

el tema, eso es todo.

—¿Quieres un café?

—¡Me encantaría! Pero si molesto... —dijo mirando por encima del hombro de Lola.

—No, no molestas. Entra. ¿Qué hacemos con Simón?

—¿Y si llevamos algunos cojines a la cocina? Así podremos hacerle una cama y no nos molestará mientras nos tomamos el café.

Eso hicieron y se instalaron en la cocina. Luego Lola le acarició la cabeza al bebé.

—Es tan bueno... —dijo—. Ni se ha movido. Triss se rió.

—Eso es porque me mantiene despierta casi toda la noche a mí. Está echando los dientes. Créeme, no es tan angelical como parece a veces.

Lola sirvió el café y las dos se sentaron a la mesa.

—¿No está Geraint? —le preguntó Triss.

Lola se quedó con la taza en el aire y luego, para su horror, se puso a llorar a lágrima viva.

Triss se puso en pie inmediatamente y la rodeó los hombros con un brazo consolador.

—No llores, por favor, Lola. Dime qué te pasa. Tal vez yo te pueda ayudar. Es Geraint, ¿no?

—¡Sí! —dijo Lola mientras se enjugaba las lágrimas con un trozo de papel de cocina.

—¿Quieres hablarme de ello?

—No te lo puedo contar. Es demasiado...

La palabra era humillante.

—Shhh —le dijo Triss tan suavemente como si le tuviera hablando a su hijo y acunándola—. No imirta. No tienes que explicarme nada. Pero si necesitas que alguien te escuche o un hombro sobre el que llorar, yo siempre estaré allí.

Luego sonrió y sus hermosos ojos brillaron furiosamente.

—Créeme cuando te digo que tengo mucha experiencia tratando con los hombres, ¡sobre todo con los sinvergüenzas! Tuve muchísima práctica con el padre de Simón, por ejemplo.

—¿Quién era el padre? ¿O no debiera preguntártelo?

La boca de Triss se tensó, pero se encogió de hombros.

—¿Lo puedes mantener en secreto? Lola asintió.

—Es Cormack Casey. Ese es su padre. —¿Cormack Casey? ¿El

guionista irlandés?

—Sí, el señor Hollywood en persona. No se lo dirás a nadie, ¿verdad, Lola? Por favor. Aparte de Geraint, por supuesto. Es evidente que a él se lo contarás, pero no quiero que lo sepa nadie más. —Por supuesto que no se lo diré a nadie. Ha estado muy bien que hayas venido —dijo educadamente y, luego se le ocurrió una cosa—. ¿Lo has hecho sólo para verme?

Triss la miró como comprendiéndola, como si estuviera muy acostumbrada a que sus motivos fueran cuestionados. Uno de los problemas de ser una chica tan guapa era que las demás siempre pensaban que iba a por sus hombres.

—Bueno, ciertamente no he venido a ver a Geraint, si es eso lo que estabas pensando. Tuve toda la impresión de que estaba de lo más quedado contigo.

—¡Oh, no! Sólo es un actor consumado, eso es todo.

—¿Estás segura?

—Completamente. Fuera lo que fuese lo que había entre nosotros, ya ha terminado.

—Oh —dijo Triss dándole un trago a su café pensativamente—. Entonces, ¿qué vas a hacer tú ahora? Me refiero aparte de llorar como una tonta.

Lola trató de sonreír.

—¿Quieres decir que me estoy comportando como una debilucha?

Triss se encogió de hombros.

—Bueno, sí... si quieres mi opinión sincera. Si él vuelve...

—¡No va a volver!

Triss no le hizo caso.

—Si él vuelve y te ve así, eso alimentará su arrogante ego masculino y, además, no le hará ningún bien a tu reputación. Hay que hacer que te vea y se pregunte cómo ha sido tan tonto como para dejarte.

—¿Cómo?

—Bueno, puedes empezar por cambiarte. Debes tener buen aspecto.

—Pero él no volverá, ¡losé!

—Y entonces te sentirás bien —continuó Triss como si Lola no hubiera hablado—. Y eso es lo más importante, el como te sientas,

¡no él! Luego no querrás que vuelva.

Lola sonrió entonces. —Tal vez tengas razón.

—¡Eso está mejor! ¿Te ha servido esto de algo? Lola asintió, sorprendida de que su humor hubiera cambiado tanto en un momento.

—¡Sí!

—Muy bien.

Triss miró entonces a Simón que ya se estaba moviendo—. Porque creo que tú me puedes ayudar a mí, Lola.

El día se puso de un color más de rosa para Lola después, ya que lo que tuvo que hacer fue cuidar a Simón y darle de comer. Por la tarde salió al jardín, donde hacía un día magnífico para ser marzo y sólo soplaba una suave brisa. Un tiempo perfecto para pasear.

Abrigó al niño, lo metió en el cochecito y empezó a andar. Mientras lo hacía, trataba de no pensar en Geraint, pero no tuvo mucho éxito.

También pensó en Catrin y Peter y recordó el día en que supo que había heredado la casa como caída del cielo.

Al principio pensó que debía tratarse de algún error judicial, ya que los casi desconocidos no iban por ahí regalando mansiones de un millón de libras, ¿no? Y eso fue lo que ella le dijo al notario.

Pero no había habido ningún error y, en el caso de Peter, así era.

Lo que le había dicho el notario era que Peter había expresado en su testamento que las razones para semejante regalo permanecieran en secreto.

Lo cierto era que, desde entonces y, empezando por ese mismo notario, la gente había empezado a soltar sonrisitas tontas al respecto.

Llegaron a una fuente que había en los jardines y se sentó en un banco de madera que había por allí cerca.

Simón estaba tan contento y Lola se puso a acunarlo ausentemente.

Así estaba, abstraída y pensando en ese galés diabólico, cuando una sombra le tapó el sol. No había oído sus pasos porque la hierba los había disimulado.

Levantó la cara y vio a Geraint, con una expresión

incomprensible.

El corazón se le aceleró a Lola y parpadeó agitadamente. Se maldijo a sí misma por esa reacción e, inmediatamente, puso una expresión muy poco acogedora.

—¿Qué quieres? —le preguntó fríamente. —Hablar contigo.

—Creo que ya nos hemos dicho todo lo que había que decir.

—Yo creo que no.

—Estás en mi casa. Podría llamar a la policía para que te echen de mis terrenos.

—Lo dudo —respondió él sonriendo fríamente—.¡Yo podría tenerte en mis brazos y en la cama antes de que marcaras el primer número! ¿No es así,Lola?

—¿Cómo te atreves?

El volvió a sonreír, pero pícaramente esta vez de una forma que a Lola le entraron ganas de gritar. ¡Estaba tan guapo!

—¿Es eso un reto? —preguntó él. —¡No, no lo es!

—¿Por qué tienes tú al hijo de Triss?

—Tenía que arreglar un asunto y no quería llevarlo. Más tarde vendrá a por él.

—Muy bien —dijo él sentándose a su lado en el banco—. ¿Me has echado de menos?

—¡Como a un dolor de muelas! —No, en serio.

Lola lo miró incrédulamente.

—Cielo santo, ¡parece que lo estás diciendo en serio! ¿Por qué iba a echarte de menos, Geraint? —Volveremos a eso más tarde, Lola. Pero mientras tanto, tengo varias cosas que decirte.

A pesar de saber que lo que debería hacer era insistir en que se marchara de allí, Lola se sintió intrigada.

—¿Crees que Simón está suficientemente abrigado? —preguntó él, interesado, mirando al niño. Lola asintió.

—Lo está, y el aire fresco le viene bien. —Te gustan los niños, ¿no?

—Sí. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada —respondió él tranquilamente—. Nada en absoluto.

—Di lo que me quieras decir, Geraint.

—Sé por qué Peter te dejó la casa.

—Ya me lo dijiste —dijo ella sarcásticamente—. ¿No fue por mi moral perdida? ¡Ah, no! ¡Se me olvidaba! Eso había quedado

descartado cuando descubriste que era virgen.

—¡Ya basta!

—¿Por qué pareces tan incómodo, Geraint? —dijo Lóla mirándolo desafiantemente—. Después de todo, sólo estoy diciendo la verdad.

Él la miró por un momento con una mezcla de exasperación y diversión. Entonces, de repente, su mal humor pareció evaporarse.

—¿Vas a dejarme que te cuente esto?

El problema estaba en que ella se estaba muriendo de ganas de escucharlo y, lo que era peor,¡Geraint lo sabía!

—No puedo evitarlo, ¿verdad?

Él dudó un momento, como tratando de encontrar la forma más diplomática de decirlo y, esa breve pausa fue suficiente para poner nerviosa a Lola.

—¡Por favor, cuéntamelo!

—Peter Featherstone era tu padre.

La negativa de ella fue inmediata y furiosa. ¡Vaya un absurdo! ¡Su padre había muerto cuando ella tenía once años! ¡Geraint estaba mintiendo!

—¡No! ¡No era mi padre! ¡Estás mintiendo, Geraint! ¡Estás mintiendo!

Y entonces, de repente, la abandonaron todas las ganas de luchar y se quedó como una marioneta con las cuerdas rotas.

Él habló con calma, con la solicitud de un médico que diera una mala noticia.

—No estoy mintiendo, Lola. Pero tú sabías eso en tu corazón. ¿No?

Ella enterró el rostro en las manos y no dijo nada. Cuando volvió a levantar la cara, sus mejillas estaban llenas de lágrimas. —¿No es así? —insistió él.

Ella asintió.

—No hay ninguna razón para que me mientas, Geraint. Te creo.

Y lo habría hecho sólo por la intensidad de su mirada. Pero no quería que él lo supiera. Por lo menos, todavía.

—¿Cómo lo has descubierto? —le preguntó. —Fui a ver a tu madre.

—¿Has visto a mi madre? ¿Dónde? ¿Cuándo? —Ayer. Fui a Cornwall.

—Pero ¿cómo has sabido dónde vivía?

—Tú me lo dijiste. Cuando estábamos en Roma. ¿Recuerdas?

Lola lo recordó entonces. ¡Era curioso que él se acordara!

—Pero ¿por qué te lo ha dicho mi madre? ¿Por qué ahora?

El la miró fijamente.

—Creo que ya estaba harta de ese secreto que ha estado llevando a cuestas todos estos años y ya no lo podía soportar más.

—Pero ¿por qué te lo ha contado a ti, Geraint? ¿A un completo desconocido para ella? Geraint sonrió levemente.

—Tal vez tu madre es más perceptiva que tú. Pero tal vez debieras preguntárselo tú misma, Lola. Lola lo miró entonces.

—¿Qué? ¿Quieres que vaya a Cornwall a verla? Geraint sonrió.

—Sí, a verla. Pero no es necesario que vayas a Cornwall. ¿Por qué no lo intentas aquí, en la puerta de al lado?

—¿En la puerta de al lado?

—Eso es. Me traje conmigo a tu madre. Está en mi casa. Y te está esperando.

Capítulo 9

LA MADRE de Lola, June Hennessy, estaba sentada en medio del salón lujosamente decorado de la casa de Dominic Dashwood y trataba de no aparentar lo nerviosa que estaba, pero no lo conseguía en absoluto. Era una mujer cuya belleza juvenil había sobrevivido a los cuarenta años. Debía a sus ancestros austriacos el cabello rubio ceniza y los ojos azules.

Lola vio entonces de repente lo muy distintas que eran ella y su madre, aunque nunca había pensado demasiado en esas diferencias. También estaba sorprendida porque Geraint hubiera conseguido llevarla hasta allí y, al parecer, sin el menor problema.

—¿Me vas a contar toda la historia, mamá? —le preguntó después de que se abrazaran y se sentaran en el sofá—. Toda entera, por favor. No me ahorres detalles sólo porque me puedan hacer daño. Necesito saberlo.

—Sí, ahora me doy cuenta de ello —dijo su madre lentamente—. Geraint me ha hecho verlo.

¿Geraint? ¿Por qué se suavizaba de esa forma la voz de su madre al pronunciar su nombre?

Pero eso no era importante ahora. Había ido a hablar de su padre y Geraint podía esperar. —Empieza, mamá.

—Es algo tan viejo como el tiempo. Yo sólo tenía dieciocho años cuando conocí a Peter; yo estaba trabajando como camarera en el bar del club náutico y él estaba de vacaciones allí, navegando.

La sonrisa de la mujer se llenó de nostalgia y continuó:

—Me llevaba más de veinte años, pero no los aparentaba. Ni actuaba como si los tuviera. Estaba devastadoramente atractivo, con un cabello oscuro y rizado y unos ojos brillantes y azules como los tuyos. Era distinto a cualquiera que hubiera conocido antes; divertido, atractivo, rico y con mucha confianza en sí mismo. Me enamoré locamente de él y, como no tenía nada de experiencia, no intenté ocultarlo. El no quiso tener nada que ver conmigo, por supuesto, no de esa manera.

—¿No quiso? —le preguntó Lola, sorprendida.

—¡Por supuesto que no quiso! Yo era muy joven. Demasiado. E inexperta. Estaba buscando al señor perfecto y él no encajaba... O

eso me dijo. Peter no se había casado porque reconocía las limitaciones del matrimonio… para él. Me dijo eso muy sinceramente y, a pesar de que no era lo que yo quería oír, siempre lo respeté por su sinceridad.

—Pero tuviste una hija suya, mamá. ¿Cómo fue

eso, si estaba en contra de ello? ¿Qué lo hizo cambiar de opinión?

Su madre la miró, extrañada,

—Esa parte de la historia carece de originalidad. Es una de esas cosas que se descubren cuando se crece, Lola… que las pautas de comportamiento no dejan de repetirse, sin importar la experiencia que se tenga.

—Mamá, por favor.

June sonrió y continuó.

—Fue la noche de la fiesta del club náutico, algo de lo más prestigioso. Y yo iba a ser la acompañante de Peter.

—¿Y eso?

—Oh, se lo había dejado tan claro creo que él fue demasiado caballero como para decirme que no. Y, además, pensaba marcharse al día siguiente. Creo que pensó que no podía pasar nada malo por estar juntos esa noche… Lo que demuestra lo mucho que nos podemos equivocar. El champán, la música… la noche. No estoy orgullosa de lo que sucedió esa noche, Lola, pero tampoco me arrepiento de ello. Ni lo haré mientras viva… Porque Peter me demostró lo que podía ser hacer el amor.

—¿Qué pasó? —le preguntó Lola como una tonta.

—Peter se marchó al día siguiente, como había dicho. Yo le aseguré que nada sucedería, porque estaba convencida de que sería así. Pero tres semanas más tarde, descubrí que estaba embarazada.

—De mí.

—De ti —dijo June y se encogió de hombros—. ¿Qué podía hacer? No tenía ni idea de a dónde se había ido Peter. Y los tiempos eran distintos entonces, era una vergüenza ser madre soltera. John, el hombre que tú pensabas que era tu padre, había estado enamorado de mí desde que íbamos juntos al colegio. Creo que casi se alegró de que me hubiera quedado embarazada porque así fui más vulnerable a su propuesta de matrimonio.

—¿Y tú lo amabas? —le preguntó Lola lentamente.

—Llegué a amarlo. Hay una diferencia, ya lo sabes. Al principio sólo le estaba agradecida por su apoyo y comprensión. Pero fue un buen marido y, lo que era más importante, un buen padre para ti. Oh, nunca lo amé de la misma manera en que amé a Peter, pero tampoco esperé hacerlo. Esa clase de amor no surge más que una vez en la vida. Pero John lo aceptó. Te trató siempre como si fueras su propia hija, algo por lo que siempre le estaré agradecido y se contentaba con el amor que yo le podía dar. Llegó al matrimonio con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que, a todos los efectos, tú serías su hija. Tenías que ser registrada con sus apellidos. —Y Peter, ¿no volvió nunca más? June sonrió levemente.

—Sí, lo hizo. Cuando tú tenías unos seis meses, fue a verme. Supo enseguida que eras su hija, pero yo lo negué y se conformó con lo que yo quería.

Nunca quise atraparlo. Me ofreció dinero para ayudar a tu crianza, pero no lo acepté. John no lo habría querido. Ni yo. Luego se marchó y yo no lo

volví a ver en la vida.

—¿Por qué nunca antes me habías contado todo esto, mamá?

—¿Para qué? ¿Para molestar a John? ¿Para que tú estuvieras descontenta? Y todo por algo que se había roto hacía mucho tiempo. Peter no volvió a ponerse en contacto con nosotros, tu existencia parecía haberle causado algunas complicaciones en su vida. La gente cambia, ya sabes. ¿Y si él no quería saber nada de ti? ¿No habría sido frustrante para ti saber que tenías un padre tremendamente rico, aunque no tuvieras ninguna posibilidad legal de conseguir nada de él?

—Me pregunto por qué me dejó esta casa —dijo Lo la.

—Tal vez porque sabía que se iba a morir. A lo mejor creyó que era el momento de ajustar cuentas por haberte abandonado. Aunque yo no le di la posibilidad de hacer ninguna otra cosa.

—Y, cuando murió papá. ¿No pensaste entonces en buscar de nuevo a Peter?

—¿Para vivir con él felizmente después? —dijo su madre, sonriendo levemente—. Me sentía un poco demasiado vieja y cansada como para creer en cuentos de hadas. A veces es mejor

tener un sueño en lo más profundo de tu corazón que verlo destruido por las presiones de la vida.

—Pero cuando supiste lo de mi herencia, ¿por qué no me lo dijiste entonces? ¿Por qué lo has mantenido en secreto todo este tiempo?

June suspiró.

—Tuve demasiado miedo de tu reacción. Tuve miedo de que me juzgaras y pensaras que quería algo, de que te avergonzaras de mí. ¿Estás enfadada por no habértelo contado, querida?

Su madre entonces extendió una mano y Lola la tomó.

—¿Cómo podría estar enfadada contigo, mamá? Te quiero e hiciste lo mejor que pudiste. ¿Qué más se podría pedir?

June sonrió.

—Hablando de amor. ¿Hay algo que me quieras contar, querida?

—¿Se puede amar a alguien al que no se conoce demasiado, mamá? ¿Puedes desear a alguien con una pasión ciega aunque a veces te haga enfadar tanto como para desear golpearlo? ¿Es posible desear tener un hijo de un hombre incluso cuando sabes que sería lo peor que te pudiera suceder en ese momento?

—Sí, sí y sí —respondió su madre—. ¿Estamos hablando de Geraint por un casual? Lola asintió.

—Pero sus motivos para querer conocerme a mí eran de lo más equivocados. Buscaba venganza. June agitó la cabeza.

—No importa cuáles fueran sus motivos cuando no te conocía, Lola. Lo que importa es en qué se transformaron esos motivos cuando te conoció. ¿Cómo se ha comportado contigo? ¿Ha sido honorable y sincero?

Lola reconoció que sí, que así había sido. De eso no cabía duda.

—¡Oh, mamá, me siento tan mal!

—Entonces ve con él. Pregúntale lo que siente, lo que siente de verdad.

—Tengo miedo...

—¿Y Geraint? ¿No crees que él también lo puede tener?

Lola se rió.

—¿Geraint? ¿Miedo? ¡No lo creo!

—Puede que lo tenga si pensara que podrías negarte a casarte conmigo —dijo la voz profunda de Geraint desde detrás suya.

Lola se volvió y lo vio con Simón en brazos.

—Se puso a llorar nada más irte tú, así que le he cambiado los pañales.

Lola parpadeó rápidamente. ¿Geraint cambiando pañales? ¡Qué tierno!

June dijo entonces:

—¡Que niño más hermoso! Ahora, marchaos los dos. Y no volváis hasta que hayáis arreglado las cosas de una u otra manera.

Lola no pudo mirar ni a su madre ni a Geraint. De hecho agradeció cuando él la tomó firmemente de la mano y la sacó de allí como si se fuera a derrumbar de un momento a otro.

No dijo nada hasta que llegaron al estudio y encendió la chimenea. Entonces se sentó sobre los talones delante del fuego.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —le preguntó entonces.

—¿Por qué? ¿Por obligarme a afrontar la realidad que había estado oculta durante tanto tiempo? ¿Por hacer que mi madre decidiera contarme algo que debería haberme contado hacía ya años? Por todo eso debería darte las gracias, Geraint, no culparte.

—Por haber dudado de ti.

—Porque querías creer lo peor de mí. ¿Quién podría culparte por eso? ¿O a Catrin? Pero él agitó la cabeza.

—No. Esa es la estupidez. Catrin nunca le ha echado la culpa de nada a nadie. Sobre todo, no a ti.

—Pero yo pensé...

—Las sospechas fueron mías, nada más. Catrin es una mujer independiente de esta época, con su propio trabajo y su propia vida. Peter era sólo una parte de ella, me doy cuenta de ello ahora. Y ella nunca me pidió que hiciera nada al respecto. Él la dejó algunas joyas y pinturas, y Catrin se contentó con eso.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Por qué buscar una venganza contigo? —dijo él algo incómodo—. Por mi arrogante orgullo masculino, a pesar de que, en su momento, preferí verlo como si estuviera protegiendo a Catrin de alguna manera. Como si la estuviera ayudando como ella me había ayudado a mí cuando era pequeño. Necesitaba saber por qué el amante de mi hermana le había dejado lo más valioso de su herencia a una joven desconocida. ¡Me parecía una injusticia! No sabía lo que te quería hacer, Lola, pero en el momento en que te vi, lo supe.

—¿Qué supiste? —le preguntó ella con el corazón latiéndole locamente.

—Que cualquier idea vaga que yo tuviera de venganza no tenía ninguna esperanza, porque en cuanto te miré a los ojos supe que lo único que quería era hacer el amor contigo.

—¿Eso era todo? —dijo ella sonriendo.

Geraint agitó la cabeza.

—No, no era todo. También descubrí que quería casarme contigo, sentar la cabeza y darte montones de hijos. Todo lo que nunca antes había querido y nunca me había imaginado que pudiera querer. Y entonces me di cuenta de que la razón porque nunca antes las había querido era porque nunca había conocido a la mujer adecuada. Hasta ahora.

A Lola le brillaron los ojos, llenos de lágrimas.

—Oh, Geraint... —susurró.

—El matrimonio de mis padres estuvo siempre a merced de la economía doméstica. La pobreza no basta para una vida de pareja. Creo que eso fue lo que me hizo tener el deseo de triunfar económicamente. Estaba decidido a no tener que soportar el no tener dinero para mantener a una esposa e hijos.

—Pero tú eres rico, y tienes todo el aspecto de un hombre que lo haya sido desde hace mucho tiempo. Tiene que haber habido chicas que te hayan tentado para casarte antes de ahora.

El agitó la cabeza.

—¡Nunca! Porque yo necesito a una mujer que me amara aunque no tuviera nada. ¿Tú me amarías aunque no tuviera nada más que darte que mi corazón, Lola Hennessy?

Ella lo miró por un momento y algo del amor que sentía debió reflejarse en su mirada, porque él se levantó y sonrió. Luego la tomó en sus brazos y la abrazó fuertemente.

—Sabes que sí. ¡Mi querido galés!

—¿Y el matrimonio, Lola? Yo quiero un matrimonio estable. Y será un matrimonio igualitario también. No soy demasiado orgulloso como para no cocinar y bañar a los niños. ¿Qué opinas de eso? Lola lo miró. ¿Qué podía decir? —¿Y bien? —insistió él.

—Sí. ¡Sí, sí, sí! Me casaré contigo. Sí, te amo. —Voy a hacer el amor contigo. Ahora mismo. —Tenemos a un niño en la habitación de al lado que se supone que tenemos que cuidar. ¿O te has

olvidado?

—No, no lo había olvidado.

Geraint tomó nota mentalmente de tener a Lola para él sólo durante un año por lo menos después de casarse. A no ser...

—¿Crees que estás embarazada, querida?

Lola agitó la cabeza.

—No. Te hice creer que era posible que me hubiera quedado embarazada a pesar de usar preservativo para tenerte preocupado. ¿Estás muy enfadado por eso, Geraint?

Él sonrió cariñosamente.

—¿Enfadado? ¡No! ¿Aliviado? Un poco ¿Decepcionado? Otro poco. Pero tenemos muchos años por delante para tener hijos, Lola.

—No fue sólo por venganza por lo que te dije que podría quedarme embarazada, Geraint.

—¿Ah, no?

—A pesar de que odié lo que pensaba que habías hecho, no pude resignarme a la posibilidad de no volverte a ver. Sabía que, si pensabas que había la más remota posibilidad de que yo tuviera un hijo, te daría una razón para volver a mí.

La sonrisa de él se amplió.

—Yo habría vuelto de todas formas, querida, no necesitaba ninguna excusa. ¿Te crees que algo podría haberme apartado de ti cuando te he encontrado por fin? Me he pasado toda la vida buscándote, Lola, y nunca te voy a dejar marchar.

—Oh, Geraint —suspiró ella y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Shhh. Lo único que siento es no habértelo contado todo antes de hacer el amor.

—Lo intentaste —susurró ella.

—No mucho. Estaba demasiado absorto contigo, demasiado preocupado por que pudieras negarte a verme tra vez si supieras mis motivos orinales.

Luego miró su reloj y añadió:

—¿A qué hora dijo Triss que volvería? —No lo dijo con exactitud.

Geraint frunció el ceño.

—Entonces, ¿crees que tu madre podría cuidar a Simón durante una hora o así? Luego podemos ir todos a cenar para celebrar nuestro compromiso.

—Siempre se lo podemos preguntar. ¿Por qué?

—Sube arriba y espérame allí —dijo él tomando el teléfono interior—. Dentro de un momento te mosraré por qué.

—Y, está claro que, siendo como eres, no te con:ormarás con un no por respuesta ¿verdad?

—¡Nunca! —le respondió Geraint y luego empezó i hablar con la madre de Lola.

Sharon Kendrick — Serie Dulce es la venganza 1 — Justicia ciega (Harlequín by Mariquiña)